JOSÉ JURADO DE LA PARRA y CARLOS SERVERT

DON JUAN DE AUSTRIA

DRAMA LIRICO LEGENDARIO

EN TRES ACTOS Y NUEVE CUADROS

ORIGINAL Y EN VERSO

música del maestro

D. RUPERTO CHAPÍ



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1903

Para mi excelente amigo Don Isidro Bautista. Recuerdo de su afmo y reconocido amigo

Fernando de la [illegible]

DON JUAN DE AUSTRIA

DON JUAN DE AUSTRIA

DRAMA LIRICO LEGENDARIO

EN TRES ACTOS Y NUEVE CUADROS

original y en verso de

D. JOSÉ JURADO DE LA PARRA y D. CARLOS SERVERT

música del maestro

D. RUPERTO CHAPÍ

Estrenado en el TEATRO LÍRICO de Madrid, el 20 de Diciembre de 1902



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1903

Al ilustre escritor y autor dramático

Jacinto Benavente

Sé que no puedo pagarte con esta dedicatoria, el honroso presente que me hiciste dedicándome tu famosa comedia GENTE CONOCIDA; *pero deseo manifestar públicamente mi admiración por tu ingenio peregrino, consagrándote cuanto haya en* DON JUAN DE AUSTRIA *que me pertenezca, ¡quién mejor que tú ha de advertirlo! por si ello valiese algo digno de tí y del afecto entrañable que te profesa tu adictísimo amigo*

Pepe.

Un empresario, como el Sr. Berriatúa, de esplendidez legendaria, no siempre oportuna, de viveza acaso excesiva, de ojos de lince en la parte adjetiva de los negocios teatrales y de rara miopía en lo substancial y positivo; á quien el frac de un abonado, el terciopelo de un cortinaje y la alfombra de un pavimento le merecen más atención que *Shakespeare* y *Beethoven* juntos, no era una garantía para nuestros propósitos artísticos, y Berges, el pobre Berges, en su lastimosa ruina, no podía ser el piloto que condujera, felizmente, la nave al puerto.

Por eso Don Juan de Austria que pudo estrenarse antes con evidente beneficio para todos, lo fué en vísperas de Noche-buena, violentamente y en pésimas condiciones. Media hora antes de la función, que empezó á las diez de la noche, se colgaban algunas decoraciones y seis días antes de esta fecha preparaban su Agosto la contaduría y los revendedores, diciendo al público que no había un sólo billete para el estreno.

Pero en cambio, *entre bastidores*, iban peor las cosas.

Desde que se leyó la obra, se notó el descontento del director de la compañía. El Sr. Berges no podía hacer el Don Juan porque era este papel para la tiple; no podía tampoco ofrecérsele el del tenor porque éste era un papel de mozalbete (pero el Sr. Berges lo solicitaba, porque, á diario galanea, aunque sea ridículamente y á pesar del manifiesto disgusto del público que ya no le soporta) y tuve que resistirme heróicamente y aun apelar á la autoridad del maestro Chapí, para lograr que se resignase el Sr. Berges con hacer el tenor cómico de la obra, como yo me resignaba á pasar por su falta de *vis cómica*, en gracia á que se trataba de un *lego*, de un personaje glotón y ventrudo, una *bola humana*, y en este sentido podía darle gran relieve el Director del Teatro Lírico por su espléndida obesidad.

Y claro es, el disgusto latente del apolillado tenor, se reflejó en la dirección de la obra y en el *entusiasmo* conque *habló* y *cantó* el papel de Fray Zenón, del que nunca aprendió letra ni música, á pesar de haber hecho constar en los carteles que *hacía el papel* por deferencia á los autores.

Pues ni con todo esto ¡que ya son cosas! fracasó nuestra obra; pero el público y la crítica hallaron, sin duda, que la *bola humana*, fué más bien *bolo*, pasaron por alto,

con gran benevolencia, la *figura* del Sr. Berges, y... lo que era natural, éste, ante el fracaso de la compañía ¡así llama él á su fracaso! dispuso retirar la obra á la doce representación, para hacer *reprisses* de *El reloj de Lucerna* y *El barberillo de Lavapies* y dar ocasión á que en sueltos de contaduría se dijera que el Sr. Berges *habia estado colosal*.

No es justo el Sr. Berges con sus compañeros, si es cierto que así opina de la compañía que dirige, pues como ya he dicho en otro lugar, la Vila, la Calvo, la Arrieta, Meana, García Soler, Navarro, y aun el mismo Guerra, no tienen en el género rivales posibles, de modo que el fracaso fué de los tenores Sres. Berges y Ubeda, y el de éste sólo en su parte hablada, porque cantar cantó admirablemente, no de ventrilócuo, ni al ritmo y compás del balanceo de abordo, ni con esa grotesca y torcida comisura de los labios que ponen los que pregonan *los claveles dobles*, y que pide á voces el dorso de la mano de torna voz, como canta ya y declama el tenor Sr. Berges que fué célebre un día. ¡El tiempo es implacable!

«Los infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?»

Valga por lo que valiere, lo referido, que es rigurosa y exactamente ajustado á la verdad, queda expuesto en desagravio de las perfidias de telón adentro y como toque de atención á aquéllos que tienen el deber de velar por los sagrados fueros del arte y los no menos sagrados intereses de los autores.

J. Jurado de la Parra.

REPARTO

PERSONAJES		ARTISTAS
JETSABEL	Sra.	Vila.
ALBAFLOR	Srta.	Arrieta.
UNA DUEÑA	Sra.	Butier.
JUAN	Srta.	Calvo.
EMPERADOR CARLOS V.	Sr.	N. Sola.
CONDE DE SOMOSIERRA		Meana.
GONZALO		Ubeda.
CAPITÁN		García Soler.
FRAY ZENÓN		Berges.
FRAY NICOMEDES		Guerra.
FRAY JUAN DE REGLA		García.
DON LUIS DE QUIJADA		Bayarri.
UN ESCUDERO		Beltrán.
NOVICIO 1.º	Srta.	Sorarrain.
IDEM 2.º		Rubio.
SOLDADO 1.º	Sr.	Rodríguez.
IDEM 2.º		Ruiz.

Soldados, monjes, novicios, escuderos, monteros, acompañamiento y coro general

---

La acción en Yuste y en el Castellar, en 1585

Decorado de **D. Amalio Fernández**

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Vestíbulo en el Monasterio de Yuste. Al foro, gran puerta, que comunica con el interior; por ella se divisa un cuerpo de edificio que corresponde á un palacio anejo al convento. A la izquierda, intercolumnio de claustro que, arrancando del último término, se doble en esquina hasta perderse en el segundo, dejando ver árboles y arbustos del huerto. A través de los arcos del intercolumnio, y en el foro, puerta que da á la iglesia; por su cancela se percibe el resplandor de algunas luces que indican la ceremonia que se celebra en el templo. A la derecha, puerta de entrada al Monasterio. Es al anochecer. Gran farol pendiente del techo ilumina el vestíbulo.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparece la escena sola. Preludio en la orquesta, que se combina con los acordes del órgano en la iglesia, toques lejanos de clarín y fragor de tempestad. De cuando en cuando, el relámpago iluminará la escena, entrando por las arcadas del intercolumnio. Momentos antes de terminarse el preludio, aparecerán FRAY ZENÓN y FRAY NICOMEDES; el primero por la puerta del foro y el segundo por la galería

F. NIC. ¿Oye el hermano Zenón?
F. ZEN. A la vez que el *De profundis*
oigo, hermano Nicomedes,
llegar, desde Guadalupe,
los ecos de unos clarines

que en el aire se confunden,
con los furiosos bramidos
de la tempestad que ruge.
(Fulgura un relámpago)

F. Nic. ¡Santa Bárbara bendita!
F. Zen. ¡No me gustan esas luces!
F. Nic. ¿Y qué juzgais de los toques?
F. Zen. ¿Qué quiere, hermano, que juzgue?
Si yo fuera Pero Grullo
como lego de cacumen,
os diría que esa música
militar, tal vez anuncie
la llegada de soldados
al Monasterio de Yuste.
Y si eso es cierto, pedid
al señor que nos ayude,
que las milicias del rey
pelean, beben y engullen.
¡Y adiós paz y adiós jamones!
y ¡adiós vino seco y dulce!
F. Nic. ¡Estando el Emperador
aquí!...
F. Zen. ¡No hay quien les asuste!
F. Nic. La bodega está muy honda.
F. Zen. ¡Pues bajarán, no lo dude!
F. Nic. Y la despensa muy alta.
F. Zen. ¡Pues subirán á las nubes!
¡Bonitos son los soldados
para no hallar lo que busquen!
¡Ay! las lentejas en seco
no es fácil que se denuncien;
¡pero el jamón!... ¡pero el vino!...
¡Les delata su perfume!
F. Nic. ¡Ya se os hace agua la boca
pensando en magras y azumbres!
Bien puesto tenéis el nombre:
¡Zenón!
F. Zen. ¡Si queréis que ayune!...
Después de todo, ¿qué bebo?
¿qué cómo? Lo de costumbre.
Por la mañana unas sopas,
en que los ajos no abunden,
pero que tengan sustancia.
¡Aborrezco los gachupes!

Después, un trago de vino
regular. Lo que me cumple.
A las once, trece bollos,
ya que diz la muchedumbre
que la docena del fraile
con trece se constituye.
El potaje al medio día,
y como ello no me nutre
y cualquier debilidad
no puede quedar impune,
tomo algo que se me pegue
al riñón y que me guste.
Detrás, dos dedos de vino...

F. Nic. ¿Y medís?

F. Zen. Por longitudes.
A la tarde, la merienda,
y ya estoy...

F. Nic. ¡Entre dos luces!

F. Zen. De noche hago colación,
y esa es mi cena, en resumen.

F. Nic. Si por colación se entiende
ir colando por el buche
lo que embeben diez esponjas
y tragan veinte avestruces...
¡Así sois bola que rueda!

F. Zen. ¡Vos anguila que se escurre!
A mí me engorda hasta el agua
y á vos la envidia os consume,
y como sois Nicomedes,
y además, de poco fuste,
ni comedes, ni cenabis,
ni sois un hombre de empuje.

F. Nic. ¡Miren el bravo, y de noche
al campanario no sube
por miedo á los duendes!...

F. Zen. ¡Vaya!
¡Como que los hay!

F. Nic. ¡Embustes!

F. Zen. Los hay, que yo los he visto:
Blancos y rojos y azules.
¡Con unas colas muy largas!
¡y unos ojos que echan lumbre!
¡y una voz muy cavernosa!
¡y con un olor á azufre!...

F. NIC. Vendrían del Castellar.
F. ZEN. Ni lo sé ni lo pregunte.
¡Lo que creo es que hay visiones
en todas partes!
F. NIC. ¡Si alude!...
(Fulgura otro relámpago, y aparece al mismo tiempo el Capitán en la puerta de la derecha, iluminado por el resplandor.)
CAP. ¡Ah del convento!
F. ZEN. ¡Jesús!
F. NIC. ¡Muertos somos!
CAP. ¿Por qué huyen?

ESCENA II

DICHOS y EL CAPITÁN

CAP. ¿Soy un ser del otro mundo
que así temen? ¡Voto á san!
F. ZEN. ¿Pues quién sois?
CAP. Un capitán
del rey Felipe segundo.
F. NIC. ¿Capitán?...
CAP. ¡Rayos y truenos!...
F. ZEN. ¿Y del rey?...
CAP. No gasto chanzas.
El Capitán Rompelanzas;
ese soy; ni más, ni menos.
Y el rey á Yuste me envía
con una honrosa misión.
F. ZEN. (A Fray Nicomedes.)
Ya lo veis. ¡Qué cobardón!
F. NIC. (A Fray Zenón.)
Ya lo veis. ¡Qué valentía!
F. ZEN. (Alto.)
Este se asusta de todo. (1)
CAP. *No tienen que temer nada.*

---

(1) Los versos que van con bastardilla fueron suprimidos la noche del estreno por no fatigar al tenor señor Berges.

F. NIC. *¡Sí; pero vuestra llegada*
fué tan!..
F. ZEN. *¡Entrásteis de un modo!...*
F. NIC. *¡Cuando menos lo creíamos!*
F. ZEN. *¡Cuando menos lo esperábamos!*
F. NIC. *¡Y como entonces hablábamos!...*
F. ZEN. *¡Y como entonces decíamos!...*
F. NIC. *Decíamos...*
F. ZEN. *Y no miento;*
que hay duendes.
CAP. *¡Pues no es así!*
F. ZEN. *Vaya si los hay; y aquí*
en la torre del convento.
F. NIC. *Y al miraros de repente,*
bañado en rojo color,
al cárdeno resplandor
de un rayo, que justamente
brilló cuando vos entrásteis;
éste, que á poco se pasma,
os tomó por un fantasma...
F. ZEN. *Y es natural; le asustásteis.*
CAP. *Basta, basta! ¡Vive Dios!*
¡En toda la vida mía
he visto igual cobardía!
F. NIC. (Aparte á Zenón.)
Habla por vos.
F. ZEN. (Aparte á Nicomedes.)
No; por vos.
CAP. *Mas ya les dí testimonio*
de que temieron en vano,
que yo soy un buen cristiano,
aunque parezca un demonio.
F. NIC. *¡Qué lo habéis de parecer,*
siendo tan amable y tan!...
F. ZEN. *¿Y sois?*
CAP. *¡Vuelta! El Capitán*
Rompelanzas.
F. ZEN. *¡Ya es romper!*
CAP. *¡Muchas mi brazo rompió!*
F. ZEN. *¿Y el rey os envía?...*
CAP. *Sí.*
F. NIC. *¿Y os alojaréis?...*
CAP. *Aquí.*

F. Zen. *¿Largo tiempo?*
Cap. *¡Qué sé yo!*
F. Nic. ¿Y venís?...
Cap. Con cien soldados
que son cien fieras.
F. Zen. ¿Y á qué?
Cap. A lo que vine.
F. Nic. ¿Sí... eh?
F. Zen. ¡Pues quedamos enterados!
Cap. Tan sólo al Emperador
revelaré á lo que vengo.
Conque avisadle, que tengo
que verle al punto.
F. Zen. ¡Ay, señor!
¡Imposible!
Cap. ¡Por Luzbel!
Pronto; decid que he venido.
Estoy cansado y herido...
F. Zen. / F. Nic. ¡Cómo!
Cap. Un rasguño en la piel...
Mas que me tiene iracundo.
F. Nic. ¿Queréis en tal caso?...
Cap. Quiero,
que me dejen lo primero:
ver al César, lo segundo.
Traigo cédulas rëales.
F. Zen. Yo avisara al penitente
sin tardar, mas al presente
celebra sus funerales.
Cap. ¡Mil rayos! ¿Ha muerto?
F. Zen. No.
Cap ¿Pues entonces?...
F. Zen. ¡Ved ahí!
Cap. ¿Celebra sus honras?
F. Zen. Sí.
Cap. ¿Por qué causa?
F. Zen. ¡Qué sé yo!
Sólo deciros podré,
que el Emperador lo quiso,
que pidió á Roma permiso,
y que en premio de su fe
escuchó Su Santidad
la extraña solicitud,

y el Rey desde un ataud
ve sus exequias. ¡Mirad!
(Aproxímanse á la puerta de la iglesia, como observando lo que pasa dentro.)

CAP. ¡Por Dios que no lo creyera!
(Oyese cantar dentro el miserere, acompañado por el órgano, pianísimo en la orquesta.)
Pienso que soñando estamos.
¡Todos la muerte esperamos,
pero á él la muerte le espera!
¡El que aun rige las naciones,
hoy, sin pompas imperiales,
presencia sus funerales
al fulgor de unos blandones
y en bóveda sepulcral,
convierte el santo recinto!..
¿Qué le importa á Carlos quinto
si sabe que es inmortal?
La ceremonia dió punto
y el sueño se desvanece.

F. NIC. Llega el Rey.

F. ZEN. ¡Huy, me parece
que resucita un difunto!
(El Capitán, Zenón y Nicomedes, se apartan de la puerta de la Iglesia, formando grupo en el lateral derecho; en tanto, van saliendo por aquélla algunos frailes profesos y novicios, que formarán en hilera, dejando paso al Emperador, quien sale acompañado de don Luis Quijada y Fray Juan de Regla.)

ESCENA III

DICHOS. El EMPERADOR, DON LUIS QUIJADA, FRAY JUAN DE REGLA y acompañamiento

F. JUAN ¡Descansad, señor!

EMP. ¿De qué?
yo nunca me he fatigado,
y si hoy me hubiese cansado...
¡ya pronto descansaré!

LUIS ¡Aun vuestra vida!...

EMP. ¡Mi vida
casi á su término toca,

y fuera imprudencia loca
no disponer la partida!

LUIS ¡A qué pensar!...

EMP. No me apena
tal pensamiento por mí.
¿Qué quiere el esclavo, di,
si no romper su cadena?
Dejadme que me liberte
de este vivir angustioso.
Tengo derecho al reposo,
¡y reposar es la muerte!

F. ZEN. (Aparte á Nicomedes.)
¡Qué afán de morirse!

F. NIC. (Aparte á Zenón.) ¡Bah!
¡Tal vez no tenga ninguno!

F. ZEN. (Aparte.) ¡Ni yo!

CAP. (Aparte.) ¡Por Dios trino, y uno
que ya poco vivirá!

F. JUAN (Al Emperador.)
¿Aun venís pensando?...

EMP. Vengo.
¡Ese canto es la expresión
sublime del corazón,
y en el corazón le tengo!
(Quédase como meditabundo, y con voz apagada y sentida, dirá en soliloquio.)
¡Miserere! ¿Qué me auguras
después de la hora suprema?...
¿El perdón ó el anatema?
¿Claridades ó negruras?
¿Qué hallará el alma contrita
que fué un alma pecadora?
¿La justicia vengadora
ó la piedad infinita?
¡Vanidad de vanidades
es, Señor, nuestra existencia!...
¿Borrarás con tu clemencia
todas mis iniquidades?
¡Una, y otra, y otra vez,
Señor, pequé contra tí!
¿Qué habrás de ser para mí,
padre amante ó recto juez?
¡Deja que tu siervo espere
la redención anhelada!...

¡Todo concluye en la nada!
¡Miserere!... ¡Miserere!...

CAP. (Aparte á Zenón.)
Si Dios le niega los brazos
de padre, ¿qué encontraremos
los demás?

F. ZEN. ¡Ya nos podemos
hacer á los tizonazos!...

EMP. (Reparando en el Capitán.)
¡Ah, Capitán! No sabía...
(A todos.)
Dejadnos solos.

CAP. ¡Señor!

(Al mandato del Emperador se retiran todos, quedándose como rezagados y con visible intención de oir la conferencia del Emperador y el Capitán, Zenón y Nimedes, quienes saldrán acelerada y cómicamente de la escena, al nuevo mandato del Emperador.)

EMP. (A Zenón y Nicomedes.)
¿Qué tardáis?

F. ZEN. (Aparte á Nicomedes y saliendo.)
¡Emperador!
¡Emperador todavía!

ESCENA IV

El EMPERADOR y el CAPITÁN

CAP. (Llegando hasta el Emperador é hincando en tierra la rodilla.)
Permitid que, reverente,
llegue á besar vuestra mano.

EMP. ¡Levanta! Ya el soberano
es un pobre penitente,
á quien la humildad enseña
lo que el orgullo no sabe:
¡que la mayor gloria cabe
en la tumba más pequeña!
Pon á tu homenaje freno.
Ante la divina ley
no hay ni vasallo ni rey:
sólo hay hombre malo ó bueno.

Y por eso, aunque te asombre,
Capitán, ante el Señor,
más que buen Emperador,
solo aspiro á ser buen hombre.

CAP. ¡Y vos lo sois!

EMP. Tal vez sí.
Tal vez en la confesión
purifiqué el corazón
y ya no soy el que fuí.
Mas recorriendo el pasado,
los ojos del alma ven
con angustia, que también
pequé yo.

CAP. ¿Quién no ha pecado!

EMP. Culpas hay, que no rediman
ni cilicios ni sayales.
¡Algunas culpas son tales,
que tienen algo de crimen!
Y no sólo las expía
el contrito penitente,
sino algún ser inocente
que pagarlas no debía.

CAP. ¡No comprendo!...

EMP. Ya lo sé.
¡Son extraños pensamientos,
amargos remordimientos
que se endulzan con la fe!
¡Dios proveerá!... ¿Qué has traído
á Yuste?

CAP. Un pliego cerrado
del Rey.

EMP. Dame. ¡Ensangrentado?...

CAP. No...

EMP. ¡Si tal! ¿Vienes herido?...

CAP. ¡Señor!...

EMP. ¡Y no lo dijiste!

CAP. Es la herida tan ligera...

EMP. ¡Bien! ¿Pero de qué manera
esa herida recibiste?

CAP. ¡Pesi á mí! Con poca gloria
y en bien menguada partida.

EMP. Tendrá su historia la herida.
Quiero saber esa historia.

CAP. Contarla casi me afrenta,

que la derrota es mayor
si es pequeño el vencedor.

EMP. ¡Sentencioso!... ¡Cuenta, cuenta!

CAP. A la luz crepuscular,
bajaba yo con mi gente
por una angosta pendiente
muy cerca de este lugar,
cuando el galope sentí
de un caballo que venía
á escape y que parecía
ir á saltar sobre mí.
—«¡Alto!»—con furia exclamé.
Y el jinete respondió:
—«¡Paso franco digo yo,
ó sobre vos pasaré!»
—«¡Probad!»—«¡Al punto!»—Y picando
espuelas, tendió la brida
y ganó aquella salida,
más que corriendo, volando.
Yo tras él partí ligero
y vine á alcanzarle ya
muy cerca de donde está
la Cruz del Humilladero.
Allí detuvo el jinete
su fatigosa carrera,
le pude ver...

EMP. ¿Y quién era?

CAP. ¡Casi un niño! Un mozalbete.
Bizarro, apuesto y galán,
de mirada penetrante,
y vestido como infante
de imperial estirpe.

EMP. (Aparte y satisfecho.) ¡Juan!

CAP. Cuando tan mozo le ví,
mi cólera se aplacó;
porque no iba á luchar yo
con un mozalbete así.
Y desde luego, á fe mía,
no me propuse luchar;
pero quise castigar
su impertinente osadía,
y alcé iracundo mi brazo;
él paró el golpe, y certero,
me arremetió con su acero,

y sentí un alfilerazo.
Furioso por el percance
á mi vez le acometí.
¡Mas en vano; huyo de allí
y ya no estaba á mi alcance!
—«¡No te escaparás!»—grité
ya ciego de indignación.
Cogí un arma del arzón
de la silla, ¡y disparé!

EMP. (Con ansiedad.)
¿Le heriste?

CAP. ¡Quién lo asegura?
Al sonar el pistolete,
desapareció el jinete
al través de la espesura

EMP. (Con exaltación.)
¿Y no le encontraste?

CAP. No.
Escoltado por mi gente
corrí el bosque inútilmente.
¡La tierra se lo tragó!

EMP. (Con ademán descompuesto.)
¡Insensato!

CAP ¡Perdonad!...

EMP. (Saliendo aceleradamente por la puerta del foro.)
¡Fray Juan! ¡Don Luis!...

CAP. ¡Vive Cristo!
¿Qué habré hecho yo? ¡Por lo visto
alguna barbaridad!

ESCENA V

El CAPITÁN; después JUAN

¡Haberme tratado así!
¡Mostrarme el César enojo!...
Todo por un... ¡Si le cojo
ha de acordarse de mí!
¡No quisiera! ¡Voto á San!
más que tenerle delante,
y vería ese bergante!...

JUAN (Apareciendo en la puerta de la derecha.)
¡Buenas noches, Capitán!

Música

CAP. ¿Quién? ¡Vos aquí?...
JUAN ¡Yo mismo, yo!
CAP. ¿Me recordais?
JUAN ¡Cual vos á mí!
CAP. ¿No me teméis?...
JUAN ¡Pienso que no!
¿Y os extrañais?...
CAP. ¡Mucho que sí!
JUAN ¿Cómo se extraña
de mi osadía
quién es soldado, quién es modelo,
de valentía?...
¡Hombre que vale
lo que valéis!...
CAP. ¿Eso es lisonja?...
JUAN ¡Si me equivoco
vos lo sabréis!
Quien esa banda
lleva en el pecho,
á que le estimen como bizarro
tiene derecho,
y yo presumo
que lo seréis!...
CAP. ¡Huecas palabras!
JUAN ¡Mal, por mi vida,
me conocéis!
Yo las ofensas
doy al olvido.
Vos de seguro
las olvidais.
¡Soy irascible,
pero soy bueno!
CAP. ¡A generoso
no me ganais!
JUAN Pues olvidados
nuestros rencores,
desde hoy su amigo
me llamaré.
CAP. ¡Amigo y casi
quién sois ignoro?...

JUAN ¿Quién soy! ¡Apenas
si yo lo sé!
Sin nombre y sin fortuna
yo cruzo por la vida,
al lado de un monarca
de fama esclarecida.
Por gracia de la suerte
su afecto merecí,
¡más triste y prisionero
soñando vivo aquí!
¡Y sueño con la guerra,
y sueño con la gloria,
y vibra en mis oídos
un canto de victoria!
¡De César y Alejandro
la huella seguiré,
y el nombre que no tengo
así conquistaré!

CAP. ¡Soñais acaso,
mas la ambición
consigue á veces
lo que soñó!
Tenéis alientos,
gallardo sois,
y en vuestras venas
arde el valor...
¡Seguid soñando,
que al despertar
pudiera el sueño
ser realidad!

JUAN ¡Dudarlo es mengua!
¡No, Capitán!
¡Si vivo, juro
que lo será!
¡Y por algo que guardo muy hondo,
por algo que escondo
muy dentro de mí,
por la flor, que perfuma mi vida,
por la imagen risueña y querida
que llevo yo aquí, (Al pecho.)
sabré con valor,
ceñir á mi frente
laurel vencedor!
¡Y partiré á la guera,

y alcanzaré la gloria,
y vibrará en mi oído
un canto de victoria!
El nombre que no tengo
así conquistaré,
y nombre, y fama, y vida
ante ella rendiré!

CAP. ¡Partid para la guerra,
ganad renombre y gloria,
que vibre en vuestro oído
el canto de victoria!...
¡Tan solo de esos lauros
es digna vuestra fe,
y el triunfo conseguido
gozoso admiraré!

JUAN Y entre tanto, Capitán,
¿sois mi amigo?

CAP. ¡Qué sé yo!...
El rasguño duele aún.

JUAN ¡Lo pasado ya pasó!

CAP ¡Para vos, pienso que sí!...

JUAN ¡Perdonad!

CAP. ¡Aun no, pardiez!
(Aparte.)
(¡Me entusiasma su valor!)

JUAN (Aparte.)
(¡Me seduce su altivez!)

ESCENA VI

DICHOS y FRAY ZENÓN

Hablado

F. ZEN. ¡Conque el señor esperando
y vos aquí con tal flema!...
¡Id pronto, que si se quema!...

JUAN Voy, Zenón.

F. ZEN ¡Pero volando!
(Juan estrecha afectuosamente la mano del Capitán y sale por el foro.)

CAP. ¿Y el mismo César le llama?...

F. ZEN. Es su paje en el convento.
Vos venid á este aposento,
donde hallaréis mesa y cama.

CAP. ¡Vamos! Mas no cenaré.

F. ZEN. ¡Cenad, y no sed bolonio!...
¡Hay un cordero!...

CAP. ¡Un demonio!

F. ZEN. *¡Liberanos dominé!*
(Se satigua cómicamente y entra con el Capitán por la izquierda.)

CUADRO SEGUNDO

Exterior del Monasterio de Yuste. A la derecha, el atrio. En el centro gran puerta de entrada á la huerta, que se limita por una tapia como de dos metros de altura, á fin de que permita ver parte de ésta, y allá en las lejanías, la silueta del Castellar. Luz de la mañana.

ESCENA VII

CORO DE POBRES, que con sus escudillas esperan el reparto de las sobras, y en grupo aparte el de SOLDADOS, que les contemplan alegremente. ZENÓN y NICOMEDES por la puerta del huerto con grandes calderos salen á repartir las sobras.

Música

POBRES El que es pobre, pero pobre,
pobre de solemnidad,
á las sobras del convento
siempre tuvo que apelar.
Si es verdad que valen poco,
que no cuestan es verdad,
y... *á buen hambre, no hay pan duro.*
¡Qué razón tiene el refrán!

SOLDADOS Aquí llegan ya los pobres,
que son pobres, porque están

á las sobras del convento
y á las faltas de moral.
Aunque vienen andrajosas
hay algunas que... ¡ya!... ¡ya!...
Y... *á buen hambre no hay pan duro.*
¡Qué razón tiene el refrán!

(Fray Zenón y Fray Nicomedes salen por la puerta del convento, trayendo las calderas y sus cazos respectivos para el repartimiento de las sobras.)

F. ZEN. Ya están aquí
con la ración.
Fray Nicomedes
y Fray Zenón.
POBRES ¡A mí! ¡A mí!
F. NIC. ¡No alborotar;
que si alborotan y me fastidian
me vuelvo á entrar!
F. ZEN. ¡*Idem per ídem*!
¡No hay qué chistar,
que se incomoda Fray Nicomedes
y sin acelgas os va á dejar!
POBRES ¡Es el murciélago!
SOLDADOS. ¡Vaya un cariz!
POBRES ¡Es Marizápalos!
SOLDADOS ¡Uf, qué nariz!
POBRES ¡Miren la espátula!
SOLDADOS ¡Vaya un cartón!
F. ZEN. ¡Cállense ó tíroles
el cucharón!
POBRES ¡Misericordia!
¡Perdón, perdón!
Fray Nicomedes
y Fray Zenón,
dadnos al punto
nuestra ración.
¡Ese es el cargo
del cucharón!
F. NIC. ¡Allí, pues, los hombres!
F. ZEN. ¡Las hembras aquí,
y todas las guapas
cerquita de mí!
F. NIC. Recuerde el hermano
que es fraile, ¡por Dios!
No es ese su puesto.

F. Zen. — Tampoco el de vos.
Acercad las escudillas;
pero piense cada cual
que no es mucha la bazofia,
si es de hambre regular.
Y medite mientras coma
rellenándose el baúl,
que la gula es gran pecado
y el ayuno gran virtud.
¡Imitadme á mí,
que si bebo es agua,
que si como es sopa
desde que nací!

Pobres — ¡El ayunará,
pero vaya un hombre,
pero vaya un padre,
qué rollizo está!

Soldados — ¡Já, já, já, já, já!
¡El hábito á éste
qué estrecho le va!

F. Nic. — Si tenéis mucho apetito
y llenarle no podéis,
recordad que los cristianos
se mantienen con la fe.
Que hay un pan para las almas
y otro de orden corporal,
y que más que el pan del cuerpo
alimenta el otro pan.
¡Aun los ciegos ven
que si bebo apenas,
que si apenas como
me sostengo bien!

Pobres — ¡El se sostendrá,
pero el pobrecito,
pero el desgraciado
qué flacucho está!
¡Já, já, já, já, já!

Soldados — ¡El hábito á este
que anchito le va!

(Retíranse los pobres haciendo, de una manera exagerada y grotesca, señales como de santiguarse y se sientan diseminados en el suelo, murmurando como un rezo, que acabará al oirse la voz de Jetsabel que canta dentro.)

JET. (Dentro.)
¡Amante de mis ojos
no sabrás nunca
lo que te quiero!
¡Como tú no los miras,
no ves ingrato
que yo me muero!
(Sigue pianísimo en la orquesta)

Hablado

SOLD. 1.° Honda pena en su cantar
va dejando la villana.
F. ZEN. Es Jetsabel, la gitana,
que baja del Castellar.
SOLD. 1.° Pues si en cantar se entretiene
es que el hambre no la hostiga.
SOLD. 2.° ¡Ya es tarde!...
F. ZEN. Si no mendiga.
Ella á las sobras no viene.
Su refugio es el castillo
y siempre errante y cantando,
por aquí pasa volando
como pasa un pajarillo.
SOLD. 1.° ¿Y es bonita?
F. ZEN. ¡Una hermosura!
Huérfana y desamparada
el dolor, desde Granada,
nos la trajo á Extremadura
y aquí halló paz y contento.
Ahora la veréis cruzar.
¡Lo único del Castellar
que es simpático al convento!
F. NIC. ¡Es simpática y no es fea,
pero de soslayo mira,
y muchas veces la ira
en sus ojos centellea!
F. ZEN. ¡Este de todo se espanta!
¡Ira!... ¡Siempre como ahora
va cantando lo que llora
ó llorando lo que canta!

ESCENA VIII

DICHOS y JETSABEL

Música

JET. ¡La-la, ra lá!
¡Paso á la gitanilla
del Castellar!
SOLDADOS ¡Vaya un primor!
POBRES ¡Ya véis que es la gitana
rayo de sol!
JET. ¡Alondra soy que al día
saludo con mi canto;
paloma soy de noche
que busca el mechinal.
Por dentro va mi llanto,
por fuera mi alegría,
y ocultan mi cantares
un dejo de pesares,
como la flor veneno
y espinas el rosal!
El sol rueda por su altura
entre nubes de arrebol,
y no ve la flor obscura
que con lánguida ternura
manda su perfume al sol.
¡Feliz pajarillo
que cruzas el aire
y que tienes quien oiga tus quejas
las sufra y las calme!...
¡Maldita mi suerte,
malhaya mi sino,
que no tengo quien sienta y recoja
mis tristes suspiros!
¡Si al sol no logra llegar
el perfume de la flor,
en vano lo ha de mandar;
porque es inútil amar,
á quien no se inspira amor!

¡Fuera el pesar!
¡Reíd con las tristezas
de mi cantar!

UNOS — ¡Si él no te mira,
mírame á mí!...

OTROS — ¡Si él no te quiere,
yo estoy aquí!

OTROS — ¡Si él vale mucho,
yo valgo más!

JET. — ¡Dejadme, necios!

JUAN — (Saliendo.)
¡Atrás! ¡Atrás!

ESCENA IX

DICHOS y JUAN

Hablado

SOLD. 2.° — ¡Miren el mozo valiente!...

SOLD. 1.° — ¡Miren el bravo doncel
que defiende á Jetsabel!...

JUAN — Y ¡ay! del que ofenderla intente.

SOLD. 1.° — ¿Cómo lo vas á impedir?...

JUAN — ¡Como pueda!.., ¡Como quiero!..
¡Con mi brazo, con mi acero,
con mi vida!...

SOLD. 2.° — ¡Ya es decir!...

SOLD. 1.° — ¡Guarda, niño, ese alfiler!...
¡A cada cosa su nombre!

JUAN — ¡Niño, sí! ¡pero más hombre
que el que ofende á una mujer!

F. ZEN. — ¡Chúpate esa!

JUAN — (A Zenón.) ¡Tú, á callar!
(Aparte a Jetsabel.)
Y tú, ¿á qué viniste, dí?

JET. — (Aparte á Juan.)
¡Señor, á saber de ti
me envían del Castellar!
¡Tres días van de inquietud
para quien llora tu ausencia!

JUAN — ¡Tres que sufro la inclemencia
de rígida esclavitud!

SOLD. 2.° ¡Míralos! ¿No te decía?
¡Juntos y hablando bajito!
POBRE ¡Caramba con el mocito!...
SOLD. 2.° ¡Por eso la defendía!
JUAN (Irritado y en actitud de acometer.)
¡Mentís!
SOLD. 1.° (Disponiéndose á luchar.)
¡En guardia!
F. ZEN. }
F. NIC. } (Interponiéndose.) ¡*Pax vobis*!
JET. (Aparte á Juan.)
¡Por mí! ¡Por ella, Señor!
(Gran algazara y escándalo entre soldados y pobres. El Emperador aparece seguido de don Luis Quijada, Fray Juan de Regla y el Capitán.)
EMP. ¿Qué es esto?
(A la presencia y enérgica voz del Emperador, quedadarán todos suspensos y como consternados. Los soldados inclínanse, los pobres se postran; Juan, contrariado, baja respectuosamente la cabeza tratando de ocultar la espada á la vista del Emperador; Jetsabel, dicha su frase, sale rápidamente por la izquierda, como Fray Zenón y Nicomedes, al decir la suya, por la puerta del foro.)
POBRES ¡El Emperador!
JET. ¡El austriaco! (Mutis.)
F. ZEN. }
F. NIC. } ¡*Ora pro nobis*! (Mutis.)

ESCENA X

DICHOS, EL EMPERADOR, FRAY JUAN DE REGLA. DON LUIS QUIJADA y el CAPITAN. El Emperador grave y majestuoso, después de mirar severamente al grupo de los pobres, al de los soldados y á Juan, como aparte á Fray Juan de Regla, con acento solemne

EMP. ¡Ya lo véis! ¡La caridad
no es caridad hecha así!
Los pobres vienen aquí
á escarnecer la piedad.
Yo no quiero castigarles,
mas sí ponerles á raya;

con que ¡no vuelvan! ¡Que vaya
la caridad á buscarles!
(Fray Juan se separa del Emperador y ordenan á los pobres que se retiren, haciendo mutis con ellos.—A los soldados.)
Soldados que afrenta dan
y así quebrantan la ley
ya no le sirven al Rey.
¡Licénciales, Capitán!
(El Capitan ordena á los soldados que salgan, lo cual harán con gran orden.—A Juan.)
¡Promover una algarada
merece duro escarmiento!
Esperad en el convento;
pero antes rendid la espada.

JUAN ¡La espada!... Señor ¿por qué?
EMP. ¡Lo mando!
JUAN ¡Llegué á perderla!
¡Mas yo sabré merecerla!
EMP. Entonces os la daré.
(Juan entrega la espada al Capitán y sale por la puerta del foro; el Capitán le sigue, pero al ser llamado por el Emperador vuelve á la escena y entrega a don Luis la espada de Juan. Don Luis retírase por donde salió Juan. Al Capitán.)
Tú quédate, que he de hablarte.

ESCENA XI

EL EMPERADOR y el CAPITAN

EMP. Aunque por tí licenciados
se dispersen los soldados,
en Yuste habrás de quedarte.
CAP. ¡En donde ordeneis, allí!
EMP. Ya no quiero que lo ignores.
Me asaltan vagos temores
Capitán, y no por mí.
CAP. ¿Pues por quién si no es por vos?
EMP. ¡Jamás temió Carlos Quinto!
¡Y hoy dentro de ese recinto
vive tan cerca de Dios!...
¡Mas la traidora asechanza

que á mí no puede llegar
pudiera en otro saciar
su ardiente sed de venganza!
Pudieran ciegas pasiones
en el misterio esgrimir
sus viles armas, y herir
mis más tiernas afecciones.
Juan es un noble doncel,
pero inquieto, irreflexivo;
aunque obediente, es altivo
y apasionado, y por él
necesitamos velar.
Al herirte el otro día,
¿sabes de dónde venía?
Venía del Castellar.
Y á ese castillo cercano
le lleva el funesto amor
que siente por Albaflor,
la nieta del Castellano.
¿Y sabes quién es el hombre
que el viejo castillo encierra?..
Fernando de Somosierra.
¿No recuerdas ese nombre?...

Cap. Esperad... No sé de fijo ..
pero algo recuerdo yo...
En el cadalso murió
un Somosierra.

Emp. Su hijo.
Así el padre no me ofrece
respetos ni pleitesía,
y lo que es más todavía
me calumnia y me aborrece.
Atendiendo á su dolor
y á su triste ancianidad;
mirando que en otra edad
fué bizarro defensor
de la reina de Castilla,
accedí á su extrañamiento,
y hoy le sufro y le consiento
un encono que me humilla.
En vano, más de una vez
quise aplacar sus rencores.
Mis ruegos y mis favores
no vencieron su altivez,

y gracias á mis bondades,
sin razón y sin derecho,
de mi hijo el Rey á despecho
aun vive en las soledades
de su castillo condal,
practicando en nuestros días
añejas cortesanías
del ritualismo feudal.
¿Comprendes ya lo que quiero?
¡Sé amparo de Juan!

CAP. ¡Señor,
os lo juró por mi honor
y por la cruz de mi acero!

EMP. ¡En tu lealtad confío!

CAP. ¡Si un puñal le amenazase,
antes que al suyo llegase,
traspasara el pecho mío!

EMP. ¡Así lo esperaba!...
(Llamando.) ¡Juan!
—¡Pongo en tus manos su suerte!
¡Eres noble y eres fuerte!—
¡No le dejes, Capitán!

ESCENA XII

DICHOS y JUAN

JUAN ¿Me llamais?...

EMP. ¡Desde este día
siempre á su lado estareis!
(Mostrando al Capitán, con imperio, y haciendo después á éste una muda indicación, como para que cumpla lo ofrecido, vase lenta y majestuosamente por el foro.)

JUAN ¡Qué humillación!

CAP. ¡No os quejeis!...
¡No es tan mala compañía!
¿Para ser amigo vuestro
pensais que no sirvo yo?

JUAN No estoy muy seguro.

CAP. ¿No?...
¡Vereis cómo os lo demuestro!

JUAN ¡Pronto lo quisiera ver,
porque deseo, en verdad,

que mi afecto y mi amistad
mereciéseis!...

CAP. ¡Merecer!...
¡Vive el cielo! ¡pues pedidme
lo que querais!

JUAN ¡Ya que os nombra
el Emperador mi sombra,
como una sombra seguidme!

CAP. ¿Y vamos?...

JUAN ¡A recordar
la Cruz del Humilladero
si no venís donde quiero!...

CAP. ¿Pero á dónde?...

JUAN ¡Al Castellar!

(Sale Juan aceleradamente por la derecha y detrás de él el Capitán haciendo un gesto como de resignación y complacencia..)

CUADRO TERCERO

Decoración á todo foro. Meseta de un monte muy escabroso. Desde el primer termino de la derecha hasta el foro y en dirección oblicua, el exterior del Castellar En la parte que corresponde al proscenio la puerta principal. En los últimos términos y aneja al Castillo, una torre de estilo árabe. Procúrese dar á la torre un aspecto sombrío que justifique su denominación de «Maldita:» En el fondo el remate de un camino, por el cual aparecerán cuando lo marque el diálogo, gentes de á pié y á caballo que se supone regresan de una montería. A la izquierda la terminación de un atajo por el que llegarán á la meseta Juan y el Capitán. En este término peñascos, arbustos y maleza que puedan ocultar á estos personajes y les permita ver sin ser vistos. Luz crepuscular.

ESCENA XIII

ALBAFLOR aparecerá en la puerta del Castillo mirando hacia el bosque con visible inquietud, después baja á la escena mirando á todos lados como si esperase á alguien, con gran ansiedad

ALB. (Recitado á la orquesta.)
¡No, no vuelve Jetsabel;
tres días que aguardo así

nuevas de mi amor, cruel!
¡Quizá se olvida de mí
cuando no vivo sin él!

Música

Triste es la ausencia
del bien querido
porque parece
prueba de olvido
y el pecho herido
por el amor
sólo en presencia
del dueño amado
no desfallece
que es fe y creencia
lo que en la ausencia
duda y temor.
¡Siempre dudar!
¡siempre temer!
¡quiero esperar!
¡quiero creer!
Mirando sus ojos
yo leo en su alma,
lo dicen sus labios
y creo en su amor
que entonces me dicen
miradas y acentos
con noble elocuencia:
«¡Te quiero, Albaflor!»
Mas cuando no miro
la luz de sus ojos,
ni me hablan sus labios;
ni está junto á mí,
parece que dicen
el viento y las flores
con triste elocuencia:
No es Juan para tí.
¡Ay dueño amado,
luz de mi vida,
ven, que al mirarte,
prenda querida,
la fe perdida
renacerá!

Y en tu presencia.
mi pecho herido,
ya que en la ausencia
no halló el olvido,
de gozo henchido
palpitará!
¡Siempre temer
causa dolor!
¡Quiero creer
en el amor!

ESCENA XIV

ALBAFLOR y JETSABEL

Hablado

JET. (Entra apresuradamente en la escena por el camino del foro.)
¡Qué la Virgen te guarde!
ALB. ¡Por fin viniste!
JET. ¡Es tan largo el camino! ¡Vengo rendida!
¡pero te traigo nuevas!
ALB. ¿Me ama?.. ¿Me olvida?...
Dí lo que pasa ¡pronto! ¡Dí se le viste!
¡Habla que de tus labios pende mi vida!
JET. ¿Verle? Sí, ¡Cuando quiso mi buena suerte
que de audaces soldados me defendiera!
¿El olvidarte dices? ¿El no quererte?...
¡Ay! ¡si el amor atase con lazo fuerte
todos los corazones de igual manera!...
ALB. ¿Qué fué su alejamiento, si no fué olvido?...
¿Por qué no viene entonces?...
JET. ¿Y eso te asombra?...
El austriaco, sin duda, se lo ha impedido.
¡Ese viejo caduco y aborrecido,
que trajo á tu familia tan mala sombra!
ALB. ¡El!... ¿Pero tú lo sabes?... ¿Estás segura?
¿También privarme quiere de mis amores
quien llevó hasta mi casa la desventura?
JET. ¡También! ¿Qué sabe el César de tú amar-[gura,
ni qué puede importarle de tus dolores?...

¡Yo, que vago en la noche como un misterio,
siguiendo entre las sombras rumbos extraños
y los claustros recorro del Monasterio,
sé que si Juan hoy llora su cautiverio,
tú llorarás mañana tus desengaños!

ALB. ¡No me augures desdichas!

JET. ¡Sí las auguro!
¡Las estrellas no mienten!

ALB. ¡Pobre gitana!
¿Qué van á ver tus ojos en lo futuro?

JET. ¡Ven en Juan un cariño firme y seguro
y una mano que troncha la flor lozana!

ALB. ¡Por Dios, no me enloquezcas!

JET. ¡Malhaya el día
en que por los breñales de Miravete
tu hermano hacia un abismo veloz corría,
y en que el paje de Yuste, con valentía,
deteniendo al caballo, salvó al jinete!
¡Ante Juan en mal hora cayó el rastrillo
y en hora mala albergue le dió ese techo,
que á la vez que sus puertas le abrió el Cas- [tillo,
como á fatal conjuro, franco y sencillo,
al amor que llegaba, se abrió tu pecho!
¡Ojalá me engañase! ¡Que yo quisiera
siempre hablarte de rosas y no de espinas,
que á tí debo el sustento, la vida entera,
y por tí, en esa torre, soy compañera
de muérdagos, luciérnagas y golondrinas!

ALB. ¡Pobre paloma errante, sola y sin nido,
á quien dió pan y albergue la castellana,
¿qué debes á un amparo que has merecido?...
¡Más te debo yo entonces, que siempre has [sido
mi consuelo, mi amiga, casi mi hermana!

JET. ¡Y te afligí!...

ALB. ¡Si amases comprenderías
el dolor que me causan tus predicciones!

JET. ¡Si yo amase?... ¡De fijo no lo sabrías,
que son para mí sola las penas mías
y no pueden decirse mis aflicciones!

ALB. ¿Penas tú y me las callas?

JET. ¡No, no las tengo!
¡Te engañé, si lo dije! ¡Vivo dichosa!

Y libre como el aire, ya voy, ya vengo,
ya corro apresurada, ya me detengo
en la luz y en las flores. ¡Soy mariposa!
¡La luz!.. ¡Cómo brillaba cuando he venido!..
¡Las flores!... ¡Con qué aroma me acaricia-
[ban!
¡El cielo, el bosque... todo me ha sonreído,
y al borde de una fuente me he detenido,
donde el bosque y el cielo, se reflejaban!
Atraídos mis ojos por los cristales,
iban siguiendo el curso de la corriente
que las aguas formaban en los breñales.
De pronto, sentí ruido tras los jarales,
y apareció tu hermano junto á la fuente.
Gonzalo, cuya imagen me devolvía
en su movible espejo la fuente clara,
sin duda abandonaba la montería,
un manantial buscando que mitigara
la sed abrasadora que le afligía.
«¡Tú, Jetsabel! me dijo, su acento blando,
¿qué miras en las aguas que van corriendo?»
Por respuesta, los ojos alcé temblando,
y mientras en la fuente quedó bebiendo,
como soy mariposa... ¡salí volando!

ALB. (Que no habrá prestado atención á la última parte del relato de Jetsabel, mirando inquieta hacia el bosque, seguirá el diálogo como si no hubiese realmente oído las últimas palabras de la gitana.)
¡No llega, no! ¡Y acaba la luz del día!
(Como obedeciendo á una decisión rápidamente sugerida.)
Vamos á la almenara, desde la altura
se descubre del valle la lejanía,
y veré si Juan llega por la llanura!

JET. (Aparte.)
¡Y yo, si vuelve el dueño del alma mía!
(Vanse por la puerta principal del Castillo.)

ESCENA XV

JUAN y el CAPITÁN. Ambos vienen por el atajo. Juan, contento y ágil; el Capitán como contrariado y rendido

JUAN ¡Ya llegamos á la cumbre,
Capitán!
CAP. Decid entonces,
¡vive Dios, que hemos llegado
al cielo!
JUAN ¡Estamos conformes!
CAP. ¡Lo digo porque las nubes
miro á nuestros pies!
JUAN ¡Yo, porque
creo ver un paraíso
en la cima de este monte!
¡Qué majestad en la altura,
qué susurros en el bosque,
qué perfumes en el viento,
qué luz en el horizonte!
CAP. ¿Por qué no decís mejor
qué malezas, qué peñones,
qué madriguera de lobos,
y qué castillo, y qué Torre?...
¡Allí anidarán las águilas,
mas no vivirán los hombres!
JUAN ¿Que no? ¿Pues viven los ángeles,
qué extraño que al cielo toque?
CAP. ¡Si aludís á don Fernando
y á sus hurañas cohortes,
querréis decir que la habitan
el demonio y sus legiones!
JUAN ¡No, que allí vive Gonzalo
y el ángel de mis amores!
CAP. ¡Vamos! ¡Ya dí con el ángel,
aunque tal vez me equivoque!
JUAN ¡Equivocaros!... ¡Si vierais
los celestes resplandores
que como nimbo de gloria
circundan su rostro, donde
Dios quiso que se mezclasen
la nieve y los arreboles;

y si escucháseis su acento,
y si admiráseis su porte,
y contempláseis el alma
que en los claros ojos pone,
no dudárais que es un ángel
digno de que se le adore.
¡Albaflor! ¡Flor de pureza
como lo indica su nombre!

CAP. ¿Y la amáis?

JUAN ¡Con alma y vida!

CAP. ¿Y ella á vos?

JUAN Me corresponde.

CAP. ¿Y venís?...

JUAN A respirar
al pie de sus torreones.
¡Que ya que no pueda hablarla,
quiero aliviar mis dolores
y mis ansias, acercándome
á los muros que la esconden!

CAP. ¿Pero es que os cerró el Castillo
su puerta?

JUAN Su puerta abrióme.

CAP. ¿Es quizá que el Castellano
mal os trata?

JUAN ¡Bien me acoge!

CAP. ¡Me asombra que siendo así!...

JUAN ¡Escuchad, y no os asombre!
Vagando una tarde yo
por estos alrededores,
de pronto sentí á mi espalda
el resonar de un galope.
Volví el rostro, y ví un caballo,
y sobre el caballo un hombre
que inútilmente quería
reducir al potro indócil,
el que cubierto de espuma,
ciego y desbocado, corre
hacia la abierta garganta
de una cortadura enorme.
Y cuando de aquel abismo
ya casi tocaba el borde,
yo, ante el peligro inminente,
á pie firme arrostro el choque,
consigo alcanzar la brida,

y aunque la brida se rompe,
el caballo retrocede,
cae al suelo, y queda inmóvil.

CAP. Brava hazaña. ¿Y el jinete?

JUAN El jinete salió incólume.

CAP. ¿Y era Gonzalo?

JUAN Gonzalo.
Quien, ya repuesto abrazóme
y me trajo á ese Castillo,
ganado por sus mayores
á un rey moro—cuya sombra,
según viejas tradiciones,
en aquel torreón siniestro
aparece á media noche.—
Por ruinosas escaleras
y sombríos corredores,
llegamos á un comedor
de aspecto feudal, en donde
cerca de una chimenea,
con heráldicos blasones,
platicaban tiernamente
un anciano y una joven.
¡Una flor recién abierta
al pie de un añoso roble!
Me acogieron con cariño,
Gonzalo el caso contóles,
con ansiedad lo escucharon,
y al terminar dijo el Conde:
«Bien te portaste, mancebo.
Quisiera saber tu nombre.»
«Y yo para bendecirle,»
dijo la nieta del noble,
con más luz en la mirada
que en la mejilla rubores.
—«Juan me llamo.»—«¡Y eres!»—«Paje
en el Monasterio.»—«¿Entonces—
repuso el viejo con ira,
«eres de los servidores
del Emperador? ¡No importa!
¡Que tu heroismo te abone!
Pues que salvaste á Gonzalo
aquí somos tus deudores.
Venir puedes al Castillo
cuando mejor te acomode,

pero entiéndelo: tú solo;
¡de los de Yuste, ni un monje!
La Cruz del Humilladero
marca dos jurisdicciones:
Hasta allí el Emperador.
Yo, desde allí, no interrogues
las razones que me asisten.
¡Yo sé bien que son razones!»
Dijo, y pasó por su frente,
tal nublado de rencores,
que allí no entraré jamás
si no cumpliendo sus órdenes.

CAP. Cumpliendo las que me han dado,
no esperéis que os abandone.
Pero, mirad hacia allí
y aliviad vuestros dolores.

JUAN ¡Albaflor en la almenara
con Jetsabel!

CAP ¡Se conoce
que por ver el Monasterio,
busca el ángel miradores!

ESCENA XVI

DICHOS, ALBAFLOR y JETSABEL desde la almenara del castillo. Juan y el Capitán ocultos. Después el CONDE, GONZALO y acompañamiento

Música

ALB. ¡Las trompas de caza
resuenan al fin!

VOCES (Dentro.) ¡Ohé! ¡Aí!

JET. ¡El Conde y Gonzalo
se acercan aquí!

VOCES (Dentro.) ¡Ohé! ¡Aí!

JUAN ¡Gonzalo y el Conde!
¡Partamos!

CAP. ¡Venid!
¡Que ver quiero al viejo
y al mozo gentil!

ALB. ¡Ya suben!

JET. ¡Ya llegan!

JUAN ¿Les veis, Capitán?...
VOCES (Dentro.) ¡Ohé! ¡Iá!
CAP. ¡El viejo parece
un Conde feudal!

(Ocúltase con Juan entre la maleza.)

VOCES (Dentro.) ¡Ohé! ¡Iá!
OTRAS (Por la parte del castillo.)
De vuelta está el Conde.
Sonó la señal.
¡Abrid la poterna
y el puente bajad!

(En este momento aparecerán por el camino del foro, el Conde de Somosierra, vestido con la última indumentaria de los señores feudales, á caballo; Gonzalo, también á caballo, dando la derecha al Conde y vistiendo lujoso traje de caza, de la época; monteros de á pie y de á caballo les seguirán; trailleros conduciendo numerosa jauría de perros de caza: mozos llevando en parihuelas las reses cobradas en la montería, y por la puerta del castillo el Escudero y dependientes de la casa, que bajan al puente para recibir al señor. Dese á este cuadro animación y color de realidad. Albaflor, desde la almenara, agitando su pañuelo, saluda al Conde y á Gonzalo, quienes contestan con la mano calurosamente. Desmóntanse los caballeros, bájase el puente y penetran en el castillo el Conde y y Gonzalo seguidos de sus servidores. Telón lento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Interior del huerto del Monasterio de Yuste

ESCENA PRIMERA

CORO DE NOVICIOS que discurren por el huerto. Se habrá visto á Juan pasar, paseando melancólicamente entre los árboles

Música

Ved al paje, que abatido
por el huerto viene y vá.
¿Qué le pasa? ¿Qué le ocurre?...
¿Qué será? ¿Qué no será?...
Hay quien dice que está enfermo
mas no viendo aquí al doctor,
para muchos, su dolencia,
es tan sólo mal de amor.
Yo no entiendo de estas cosas;
pero acaso pensará
que es la calma del convento
demasiada calma ya.
Y al mirarse tras los muros
de la casa del Señor,
tal vez diga el pobrecillo:
«¡No es el claustro lo mejor!»

¡Ay! desde que la tropa
dejó el convento,
de aquí, efectivamente,
se fué el contento.
¡Verdad es que con ella
quietud no había,
mas todo lo llenaba,
con su alegría!
Y aunque es sincera mi vocación
y me deleito con el latín,
me gusta mucho que el esquilón
su voz confunda con el clarín.
Y en los oídos me suena bien,
pues los contrastes placer me dan,
que se entremezclen con el *Amén*
los rudos ecos del *Rataplán*.
¡Tilín! ¡Tilín!
¡Tilín! ¡Tilón!
con el clarín
casa muy bien
el esquilón,
y el *Rataplán*
con el *Amén*.
No abrigo por mis gustos
ningún recelo,
pues Dios tiene milicias
hasta en el cielo.
Y como los novicios,
los serafines
entonan el *Hosanna*
con los clarines.
Y todo el mundo recordará
que las trompetas de Jericó
acompañaron cien siglos há
al que su ruina profetizó.
¡Y hasta el más lerdo sabrá también
que ha de anunciarse con un clarín,
desde la *Eterna Jerusalem*
que nuestro mundo llegó á su fin!
¡Tilín! ¡Tilín!
¡Tilín! ¡Tilón!
etc., etc.

Hablado

Nov. 1.º ¡Pobre Juan!
Nov. 2.º ¿Pero, no viene
al asueto con nosotros?
Nov. 1.º ¡Para fiestas está el paje!
¿No le véis, qué meláncolico?
Nov. 2.º ¡Infeliz!
Nov. 1.º Yo sé el motivo
que le tiene de tal modo.
Con la eterna compañía
de ese capitán diabólico
y el contacto de las tropas
que aquí estuvieron, el mozo
ya sólo piensa en batallas,
y acaso no piensa él sólo
que el reposo del convento
es demasiado reposo.
Verbo y gracia: yo sería
mejor y más ardoroso,
capitán de arcabuceros
que corrector de jerónimos.
Nov. 2.º Pues yo me atengo á la celda
y al ayuno.
Nov. 1.º Pues yo pongo
en lo celestial un pie
y en lo temporal el otro,
que con la cruz y la espada,
puede conseguirse todo.
Hay milicias en el cielo,
y en las milicias devotos,
y hubo guerreros muy santos
y santos muy belicosos,
y hay novicios...
F. ZEN. (Saliendo.) ¡Ay! (1) novicios
bravucones y piadosos,
¿cómo queréis que se junten
en desacordado tono

---

(1) Sin ofender la cultura de los tenores que puedan encargarse del papel de Fray Zenón, les advertimos que tengan cuidado con esta interjección, que el señor Berges hizo verbo.

lo temporal y lo eterno,
lo místico y lo diabólico,
el uniforme y el hábito,
y los clarines y el órgano . ?

F. NIC. (Saliendo.)
¡Salud, pléyade seráfica
de militares acólitos!
¿Cómo pretendéis juntar
en amigable consorcio
el rosario y la tizona,
el arcabuz y el hisopo,
el alarmante «¿quién vive?»
y el *sacula sæculorum*?

NOV. 1.° Como se juntan aquí
aunque son contradictorios,
el cirio pascual, y el pábilo...

NOV. 2.° ¡El alfeñique y el ogro!

F. ZEN. ¿Ogro yo? ¡Naturalmente!
¿Dónde se ha visto un jerónimo
que á apesar de los ayunos
no esté rollizo y lustroso?
La Santa Comunidad
un flaco tiene, uno sólo:
Fray Nicomedes. ¡Y un flaco
en un convento es muy gordo!

F. NIC. Pues aunque no tengo sobras,
no tengo faltas tampoco;
y en cuanto á tener defectos
los tenéis de tomo y lomo.

F. ZEN. ¡Ay, lomo dice!...

F. NIC. Además
de comilón, sois curioso.
¿Dónde diréis que le he visto
al bajar del refectorio
esta mañana? ¡Mirando,
con el mayor desahogo,
por el ojo de una llave.

F. ZEN. Para mirar son los ojos.

F. NIC. ¿Más sabéis qué cerradura
le sirvió de observatorio?
La de la celda del Rey.

F. ZEN. Allí me encontré con otro
observador...

NOV. 1.° ¿Y quién era?

F. ZEN. Este, que llegó á lo propio.
NOV. 1.º ¿Y qué vísteis?
NOV. 2.º ¿Qué escuchásteis?
F. ZEN. Si no fuérais maliciosos,
diría que Carlos Quinto,
que ahora padece de insomnios,
y Fray Juan de Regla, estaban
en reservado coloquio.
Más triste que siempre el César:
Fray Juan, más que nunca torvo.
Mostrábale aquél un pliego
con unos manchones rojos,
que debía contener
algo grave y misterioso,
porque leyéndolo, á veces
el Rey, desmostraba gozo;
y otras, de sí lo apartaba
con movimiento nervioso.
Al terminar la lectura
el llanto bañó su rostro,
y llegaron á mi oído
más que palabras, sollozos.
¡Tanto que me conmoví
porque tengo muy buen fondo!
Decía Fray Juan de Regla,
entre severo y piadoso:
«Yo lo véis; el Rey Felipe
accede á vuestro propósito.
Hay que decir la verdad
por entero y sin rebozo.»
Y el monarca respondía:
«¡Fuí pecador!. . ¡No me opongo!
La confesaré ante el mundo
aunque me cueste sonrojo.
¡Pero hoy no... después... más tarde...
yo sé cuando... yo sé cómo!»
Y enjugándose las lágrimas,
y calmándose de pronto,
guardó el pliego en su ropilla...
y dejé el observatorio.
F. NIC. Diciéndome: «¡Ya podéis
mirar vos!»
F. ZEN. Soy generoso.
F. NIC. Lo que sois es muy avieso.

Yo, por confiado y tonto,
os reemplacé y, justamente,
al ver por el anteojo
se abrió la puerta de golpe,
y si al muro no me adoso,
quedando tras el postigo,
me cogen y... ¡qué bochorno!
¡Hubieran dicho de mí!...

F. ZEN. La verdad: que sois curioso.

F. NIC. (Irritado.)
¿Pero no ven?...

NOV. 1.º ¡Sí, que el César
llega, y acabó el holgorio!

(Vanse los novicios precipitadamente perdiéndose entre los árboles del huerto. Zenón y Nicomedes despacio y regañando.)

F. NIC. ¡Si ahora le contase yo!...

F. ZEN. ¡Si yo fuera con el soplo!...

F. NIC. ¡Lengua larga!

F. ZEN. ¡Mala lengua!

F. NIC. ¡Majadero!

F. ZEN. ¡Fastidioso!

ESCENA II

EL EMPERADOR y EL CAPITÁN

EMP. Conozco tu noble afán
y agradezco tu interés,
pero es inútil; no ves,
como yo, el alma de Juan.
¡El corazón nunca miente!
¡La inquietud que le domina
es tan profunda que mina
su existencia lentamente;
porque arranca esa inquietud
de su insensata pasión
y de la ardiente ambición
que llena su juventud!
¡Ambición encadenada
luchando se esteriliza!
Amor que no se realiza
es pasión envenenada;

y Juan, en la sorda guerra
del que en vano espera y quiere,
es águila que se muere
en la jaula que le encierra.
Y aunque triste y silencioso
siempre oculta su martirio,
bien lo pregona el delirio
que perturba su reposo.
¡Cuántas veces anhelante
seguí cerca de su lecho
los latidos de su pecho,
las huellas de su semblante,
y el discurso singular
en que, con voces nerviosas,
mezclaba nombres y cosas
de Yuste y del Castellar!
¡Y cuántas otras volví
á mí celda, meditando
que me acusaba soñando
de ser su verdugo, á mí!
¡A mí, que su bien ansío!
¡No yo; la fatalidad
mata su felicidad
y desgarra el pecho mío!
¡No soy su verdugo, no!
¡No está en mi mano su suerte!...
¡Desdicha, tú eres más fuerte!
¡Tú eres más grande que yo!

CAP. Señor, ¿permitís que arguya?

EMP. Bien. Dame tu parecer.

CAP. Pues que vos podeis hacer
que tal desdicha concluya.

EMP. ¿Y eso cómo?

CAP. Muy sencillo:
dejando espacio á su afán,
y consintiendo que Juan
vaya á su antojo al Castillo.

EMP. ¿Ir al Castillo?...

CAP. ¿Aun temeis?

EMP. Hoy son otros mis temores.

CAP. Le quieren sus moradores
casi como le quereis.
Al ver que allí no volvía,
los motivos inquirieron;

y cuando por fin supieron
la dolencia que sufría,
Gonzalo quiso venir.
y si el viejo lo impidió,
también sé que dijo: «Yo
lo que puedo consentir,
ya que tu agradecimiento
así le quieres mostrar,
es que venga al Castellar
no que vayas al convento.»
¡Y en vez de traición villana,
allí le esperan, señor,
la gratitud, y el amor!...

EMP. Ahora sí; pero ¿y mañana,
cuando se aclare el misterio,
y cunda la voz de modo,
que sepa el Castillo todo
lo que sabrá el Monasterio?...
¡Ay entonces, pobre Juan!...
olvidando su heroismo
el afecto, el amor mismo,
en odio se trocarán.
¡Mas él llega! Ven y así
veremos...

CAP. ¡Por vida mía!
¡El misterio, todavía,
es misterio para mí!
(Sigue al Emperador y ambos se ocultan entre los árboles.)

ESCENA III

JUAN, EL EMPERADOR y EL CAPITÁN ocultos

Música

JUAN ¡Intentos audaces, ardiente anhelar,
febril esperanza de un algo mejor,
que el claustro en sus muros pretende encerrar
haciendo tan sólo mi pena mayor.
Si acaso no puede triunfar mi altivez,
si aquí han de agotarse mi fe y mi valor,

matad á lo menos, matad de una vez,
y á un tiempo concluyan afán y dolor!
¡No más deberes
de gratitud,
que son tiranos
de mi virtud!
¡Yo necesito,
si he de alentar,
aire y espacio
donde volar!
¡Pasión que palpitas en todo mi ser,
al amor infinito que vives aquí,
lucha es inútil, no puedes vencer,
y tú despiadado me vences á mí!
¡Quisiera del alma tu imagen borrar,
y en vano es quererlo, gentil Albaflor!
¡Tu puro cariño quisiera olvidar,
más todo imposible: mi vida es tu amor!
¡Si con la gloria
soñó mi fe,
si nombre y lauros
ambicioné,
no los quería
yo para mí;
si los soñaba,
fué para ti!

Hablado

EMP. (Saliendo.)
¡Juan!
JUAN ¡Señor!
(Llega á besarle la mano y hace medio mutis.)
EMP. ¿A dónde vas?
¿Huyes la presencia mía?
JUAN ¡Eso no! Ingrato sería,
y yo no lo fuí jamás.
EMP. ¡Dices que no eres ingrato!
Si mi afecto agradecieras,
¿lo que estás haciendo hicieras?
JUAN ¿En qué os ofendí? ¿No acato
vuestras órdenes? ¿Tal vez
me quejo si me lastiman?....

EMP. Aunque tus labios no giman,
te denuncia tu esquivez.

JUAN Yo os amo, yo os reverencio...
¿dónde está la ingratitud?
¿Qué os lo prueba?

EMP. La inquietud,
que encubres con el silencio.

JUAN ¡Encubrir!...

EMP. Piensas quizá
que yo tus cuitas no sé;
antes las adiviné,
ahora las conozco ya;
y no medites excusas
conque ocultar tus enojos,
me lo revelan tus ojos,
sé que soñando me acusas...

JUAN Diques á mi amor ponéis,
mi ambición encarcelais.
¡Lo sufro! ¿De qué os quejais?
¡Me callo! ¿Qué más queréis?
¡Sois grande! ¡Sed generoso!
¡Abrid campo á mi ambición!
¡No encadenéis mi pasión
y volveré á ser dichoso!
¡Y ya que siempre os debí
consejo, amparo y ternura,
al deberos la ventura,
tendréis un esclavo en mí!

EMP. ¡Suena á reproche tu acento!
¿Es que viviendo á mi lado
te juzgas desventurado?
¿No estás bien en el convento?...
¿Quieres gloria militar?...
¡Si en eso tu afan se encierra,
yo te mandaré á la guerra,
aunque me agobie el pesar!
¿Qué importa la pesadumbre
de mis últimas tristezas,
si tus ínclitas proezas
aclama la muchedumbre?...
Vé, y alcanza la victoria
que sueña tu bizarría.
¡Quién sabe! ¡Quizá algún día
te consagrará la historia!...

Y si tus recuerdos fieles
me son, después que sucumba...
¡piensa que sólo en mi tumba
podrás poner tus laureles!

JUAN ¡La guerra!... ¡La fama!... Sí,
mi ser por ellas se inflama;
pero la guerra y la fama
no lo es todo para mí.
Aquel que á vencer aspira,
al marchar á la pelea,
lleva un anhelo, una idea,
algo que su mente inspira.
Y lo que da más valor,
más fuerza á la voluntad,
es ese anhelo. ¡Dejad
que yo luche por mi amor!

EMP. ¿Por tu amor? ¡Ah, nunca!...

JUAN Pero...

EMP. Eso es imposible. ¡Olvida!

JUAN ¡Ved que mi amor es mi vida;
pensad que al perderle, muero!

EMP. ¿Morir tú?...

JUAN ¿Qué más ventura?...
¿Para qué quiero vivir
amarrado á este sufrir
que devoro en la clausura?

EMP. ¡Cuánto y cómo me afligiste,
tu abatimiento no ve!...

JUAN ¿Y á quién, señor, abriré
el alma huérfana y triste?
¿En quién hallaré quizás
apoyo que no halle en vos?...
¡Ceded!

EMP. ¡No insistas, por Dios!...

JUAN ¡Mirad mi angustia!...

EMP. (Con imperio) ¡No más!

JUAN (Transición)
¡Es cierto! Tenéis razón.
Siempre callar he debido...
¡Olvidé quién soy, y os pido
por cuanto dije, perdón!
¡Otorgádmelo, y pensad
que algo de culpa tuvísteis!...
¡Tan noble conmigo fuísteis,

os debí tanta bondad,
que cuando ahora os imploraba
la gracia que no alcancé,
es, señor, porque pensé
que mi padre me escuchaba!...
¡Ay! ¡él solo, si viviera,
se apiadaría de mí!..

EMP. (Con arranque apasionado.)
¡No, Juan, que yo haré por tí
todo lo que un padre hiciera!

JUAN (Con efusión)
¡Gracias!

EMP. ¡Cese tu suplicio,
que en pago de tu respeto,
yo por tu bien te prometo
llegar hasta el sacrificio!...

JUAN ¡Ah, señor, cuánta hidalguía!...

EMP. ¡Vé, y reza, y pídele á Dios
que nos inspire á los dos!

JUAN ¡Alienta, esperanza mía!
(Besa respetuosamente la mano del Emperador y se retira.)

EMP. (Llamando.)
¡Capitán! Hubo clemencia.
¡Me ha vencido! Partirá
y en el castillo estará
mientras dure su dolencia.

CAP. ¡Que no dure mucho es llano
estando junto á su amor!

EMP. Hay que aceptar el favor
del altivo castellano.
Mas ya que allí vaya Juan
que alguien le acompañe es bien.

CAP. ¿Y de los de Yuste quién?...

EMP. ¡Tú en mi nombre, Capitán!

CUADRO SEGUNDO

Salón de recepciones en el castillo del Conde de Somosierra. En él aparecerán los personajes convenientemente agrupados, formando un cuadro similar al de las veladas señoriales en tiempos del feudalismo. La indumentaria del Conde y la de los servidores del castillo debe recordar aquella época. Albaflor y Gonzalo vestirán del siglo quince anticuado.

ESCENA IV

El CONDE, ALBAFLOR, JETSABEL, DUEÑA, ESCUDERO y CORO GENERAL DE VASALLOS, ESCUDEROS, ETC.

Música

ESCUD. Dueña y señora (Aparte á la Dueña.)
del Castellar,
aunque sois *dueña*
sin heredad,
hoy celebramos
aquí el natal
de nuestro Conde,
y así callais?...
DUEÑA ¡Estoy rezando,
dejadme en paz!
ESCUD. En la velada
podréis rezar ..
¡Ahora, àlegraos!
DUEÑA ¡Ahora, callad!
ESCUD. Yo que quería
con vos hablar...
DUEÑA ¿De qué?
ESCUD. ¡De amores!
DUEÑA ¡Vaya un galán,
y en los ochenta
también frisais!
ESCUD. Vos sois ahijada
del padre Adán.

DUEÑA ¡Menguado!
ESCUD. ¡Bruja!...
CORO ¡Tal para cual!
El Escudero
mayor .. de edad
y doña Siglo
disputan ya.
Reñir en ellos
es natural,
como en nosotros
el murmurar.
CONDE ¡Niña del alma, (A Albaflor.)
qué triste estás!...
¿Tus pensamientos
á dónde van?...
ALB ¡Ay, abuelito!
¿lo sé quizá?...
¡Girando en alas
de mi ansiedad!...
JET. ¡Yo sé el motivo
de tu pesar,
que sufro y lloro
desdicha igual!
¡Como los tuyos,
sin descansar,
mis pensamientos
vienen y van!
CONDE Ya que en el Castillo
día es hoy de fiesta,
canta, gitanilla,
tú cantar mejor.
JET. ¿Qué quieres que cante?
¿Un cantar de gesta?...
¿Un cantar de amores?...
¡Dímelo, señor!
CONDE Haz tú de castellana (A Albaflor)
y elige la canción.
CORO ¡La huella de otros tiempos
aquí no se borró!
Hay Conde y hay vasallos
y dueña y rodrigón,
y porque nada falte
también hay trovador.

ALB. Yo preferiría
la canción aquella
de la fiel cristiana
y del moro infiel.
DUEÑA ¡Esa es la más triste!
ESCUD. ¡Esa es la más bella!
CORO Todos te escuchamos.
CONDE ¡Canta, Jetsabel!
JET. ¡Mi cántico oid,
y vereis que la torre maldita
merece que todos
la llamen así!
La leyenda popular
que de labio en labio corre,
que fué, dice, aquella torre
fabricada por Omar,
quien, luchando sin cesar,
se extendió por la comarca
y llegó á ser un monarca
en el agrio Castellar.
Y dicen que en una de sus correrías
vió el moro á una hermosa doncella cristiana,
de rostro de nieve, de labios de grana,
de rubios cabellos y de ojos de sol.
Y añaden que, al verla, sintió el mahometano
arder en su pecho la sangre africana;
y quiso que fuera su amante sultana,
quien sólo era digna de un rey español.
No dejándose ganar
la doncella valerosa,
en la noche misteriosa
fué robada por Omar,
quien pensando esclavizar
la virtud de la doncella,
la encerró en la torre aquella
del abrupto Castellar.
Y cuando creía vencer al rey moro
la cándida virgen, la hermosa cristiana,
de rubios cabellos y labios de grana,
lanzóse al abismo desde un ajimez.
¡Y al verla expirante, sintió el mahometano
arder en sus venas su sangre villana;
hundióse hasta el pomo la daga africana
y casi murieron los dos á la vez!

¡Y desde entonces dícese
que vagan sus espíritus,
lanzando quejas lúgubres,
de noche sin cesar;
que brilla fuz fantástica
en esa torre lóbrega,
y á todos miedo inspírales
el agrio Castellar!

CORO ¡Por eso siempre míranse
sus tétricos espíritus,
lanzando quejas lúgubres
de noche sin cesar;
por eso cunde el pánico
al ver la torre lóbrega,
y á todos miedo inspíramos
el agrio Castellar!

Hablado

CONDE ¡Triste es la leyenda á fe,
más aunque espante y sorprenda
en el castillo yo sé
que no hay quien crédito dé
á semejante leyenda!

DUEÑA (Aparte al Escudero.)
¡Pues él la cree el primero!

ESCUD. (Idem á la Dueña.)
¡Y vos con él!

DUEÑA (Idem.) ¡Claro está,
y conmigo el orbe entero!
Desde el Conde al Escudero
ninguno á la torre vá.

CONDE (A Albaflor.)
¡Dame tu brazo, Albaflor,
y renazca la alegría,
que no quiere ver mi amor
ni una sombra de dolor
sobre tu frente, hija mía!
¡Ven! y desde la explanada
del torreón del homenaje
espaciemos la mirada,
en la extensión dilatada
del espléndido paisaje
antes de que el sol trasmonte;

y acaso el contento vuelva,
con la luz del horizonte,
el aroma de la selva,
y el aire sano del monte.

ALB. Bien: pues mi brazo tomad,
y á la explanada subamos,
que es ley vuestra voluntad.
¿Vamos, abuelito?

CONDE Vamos.
Y vosotros, ¡despejad!

(Salen el Conde y Albaflor y detrás de ellos la Dueña, el Escudero y demás servidores.)

ESCENA V

JETSABEL sola

El Conde tiene razón.
Miente la leyenda, sí;
mas todos creen aquí
la historia del torreón,
que hace poco referí.
Y como á la historia escuda
cuanto en la noche realizo,
la superstición me ayuda;
el pueblo cree el hechizo
y hasta el mismo Conde duda.
Así, por nadie observada,
indago si no es quimera
otra historia relatada
por mi madre, allá en Granada,
donde ví la luz primera.
¡Granada! ¡Granada mía,
donde entre nieves y rosas
reside la luz del día,
donde van las mariposas
cuajadas de pedrería!
¡Sol de fúlgidos albores
en encantado jardín!
¡Sultana de mis amores
que recamaste de flores
mi cueva del Albaycín!
De tí lejos, la bendita

piedad de la Castellana,
que quiso escuchar mi cuita,
le dió hogar á la gitana
en esa torre Maldita.
¡Maldita, no; bienhechora!
Que á su sombra protectora
y bajo su techo amigo,
mi vida corre al abrigo
de la asechanza traidora.
Y puedo á solas buscar
aquel tesoro de Omar
de que mi madre me hablaba,
diciéndome: «Está en la cava
que lleva del Castellar
á Yuste. Socavamiento
que, por su curso violento,
más que vá, se precipita
desde la Torre Maldita
á la Torre del Convento.»
Camino... sí, lo encontré.
¡Ojalá no lo encontrara!
¡Por él oculta marché,
y algo he visto, y algo sé
que era sombra y que se aclara!
Tesoros... ¡vana ilusión
que ya en mis sueños no halago!
¡Si tuve ayer ambición,
hoy hasta dí el corazón
sin recibir otro en pago!
¡Porque es insensato anhelo
querer que remonte el vuelo
la pasión que en mí se encierra!...
¡La alondra roza á la tierra
y el águila escala el cielo!

ESCENA VI

DICHA y GONZALO, que trae una rosa en la mano

GONZ. ¿Tú aquí, gitanilla?
JET. ¡Señor, Dios te guarde!
GONZ. ¿Dónde vas?

JET. A buscar otro espacio.
¡Yo soy inconstante!
GONZ. Espérate, y dime,
pues todo lo sabes,
¿á qué manos está destinada?...
JET. ¿La rosa que traes?
GONZ. ¡Eso es! ¡Bien empiezas!...
JET. (¡Con tal que así acabe!)
Lo primero es que venga á las mías,
si quieres que hable.
GONZ. ¿Y habrás de acertarlo?...
¡Pues toma!
JET. ¡Pues dame!
¡Y verás como á mí me lo dicen
sus hojas fragantes!
(Gonzalo entrega la rosa á Jetsabel, la cual, después de besarla como á hurtadillas, con aire sibilítico empezará á deshojarla, graciosa é intencionadamente, como marca el diálogo.—Aparte y deshojando la rosa.)
¡Una... dos... ¿Es rubia?
¿Morena?...
GONZ. (Reparando en ella.) ¿Qué haces?
JET. Una... dos..!
GONZ. ¿Y la estás deshojando?
JET. Pues es... ¿Para nadie!
Quedaron tan sólo
espinas punzantes.
¡Deshojada la rosa, en mis manos
bien puede quedarse!
GONZ. ¡Extraña manera!...
¡También acertaste!
¡Yo no puedo ofrecer más que espinas
tristeza y pesares!
La flor he cogido
subiendo del valle,
donde fuí por si gentes de Yuste
me hablaban del paje.
Mal pudo esa rosa
ser símbolo amante.
¡En el pecho que hirió la desdicha
amores no caben!
JET. ¡Conozco tus penas.
y sé que son grandes!
GONZ. ¿Que conoces mis penas?...

JET. ¡Lo mismo
que tú, aunque las calles!

GONZ. ¿Y cómo supiste?...

JET. ¡Te digo bastante
con decir que te ví de la cripta
bajar á las naves;
que allí, ante el sepulcro
que guarda á tu padre,
te escuché que por Dios y en su nombre
jurabas vengarte!
¡Y sé que el que en iras
enciende tu sangre,
es el mismo que mi alma aborrece
con rabia insaciable!
¡El César!

GONZ. ¡Sí; el César!
¡Y ya que lo sabes,
te diré que será mi venganza
como él, implacable!

JET. ¡Lo mismo la mía!
¡Ya el odio no cabe
en mi pecho!...

GONZ. ¡Del mío á torrentes
la cólera sale!
¡Y sólo acaricio
fatídicos planes!

JET. ¡Yo también, que á los dos nos persiguen
estrellas iguales!
¡Que aun cuando tenemos
distinto linaje,
¡ah, señor! son tus odios mis odios;
tus males, mis males!
Tú al tuyo no viste,
mas yo ví á mi madre
de su cueva á mi amor arrancada
por unos infames
de aspecto sombrío,
de negros ropajes,
que en el nombre del Rey las llevaron
al fuego más tarde.
¡Qué horrible suplicio!...
¡Aun oigo sus ayes
que pidiendo justicia y venganza
llenaban el aire!

Después... ¡El silencio!...
¡la noche que cae!...
¡y en hogar sin calor, los rencores,
la pena y el hambre!
¡Así, aunque tenemos
distinto linaje,
¡ah, señor! son tus odios mis odios;
tus males, mi males!

GONZ. ¡Tus penas avivan
aun más mi coraje!...
¡Sólo aguardo el momento, y te juro
que al fin he de hallarle!

JET. Yo sé de un camino
que puede llevarte
en secreto á los claustros de Yuste...

GONZ. ¿Cuál?... ¡Dilo al instante!

JET. Arranca en la cripta
tras de unos pilares,
atraviesa la torre, y del claustro
á un ángulo sale.

GONZ. ¡Justicia del cielo!...
Mas, calla... viene alguien.

JET. ¡Es verdad! ¡Ya que el odio nos une!...

GONZ. ¡La suerte me ampare!
¡Yo pronto iré á verte!...

JET. ¡Vendré yo á buscarte!...
(Aparte.)
(¡Lo que hacer el amor no podría
el odio lo hace!)

(Gonzalo avanza hacia la puerta á recibir al Conde y Albaflor que llegan. Jetsabel quédase como arrinconada en un ángulo del salón.)

ESCENA VII

DICHOS, el CONDE y ALBAFLOR por el foro

ALB. ¡Gonzalo!

CONDE ¿Dónde fuiste?

GONZ. Señor, á la llanura.

CONDE ¿Tal vez te has atrevido la linde á traspasar?

GONZ. Jamás pasé la linde; mi labio os lo asegura;
las torres del convento miré desde una altura...

ALB. (Aparte.)
(Acaso Juan entonces miraba al Castellar.)

CONDE ¡Hiciste bien! Ya sabes que á todos he mandado
el límite que marca la Cruz, no trasponer.

GONZ. Y yo vuestros preceptos, señor, he respetado.

ALB. Y aun cuando aquella linde hubiera traspasado
por ver á los de Yuste, ¿qué mal pudiese haber?

JET. ¿Qué dice?

CONDE No; los míos, los que mi nombre llevan,
los que en mi casa viven y comen de mi pan,
y ríndenme homenaje, á gratitud me prueban
mis nietos, mis vasallos, cuantos su amor me deban,
en donde estén las gentes de Yuste, no estarán.
¡Ah, bien me lo temía! ¡Las nobles amistades,
las santas gratitudes—que no rechazo yo—
en alguien van borrando con torpes lenidades
los crímenes sangrientos, las pérfidas maldades
del hombre aborrecible que nuestro mal causó!
Por más que á Juan debamos un puesto en la me-
¡con el austriaco nunca podemos transigir! [moria,
¡Las almas se envilecen rozando con la escoria!...
¡Acrisolad las vuestras al fuego de la historia
de nuestras desventuras, que os debo repetir!
(Pausa. Pianísimo en la orquesta.)
Medrosa y sin albores despunta la mañana...
Apenas si se atreve las nubes á rasgar...
Difunde el aire el lento tañir de la campana...
Transita silenciosa la gente castellana,
y préstale á Toledo sus sombras Villalar.
Más tristes que las últimas tristezas de aquel día,
después de aquella noche de trágica inquietud,
un noble, que á su patria le dió cuanto podía,
su brazo, su fortuna, su sangre, su energía,
al Rey sacrificando su ardiente juventud,
aguarda inútilmente, y desespera, y llora,
mirando que se acerca la horrible ejecución,
y bajo el peso ríndese de la ansiedad traidora,
y cuenta los momentos, y suena ya la hora,
y llegan los verdugos ¡y no llega el perdón!...
¡Y el hombre más bizarro de la española gente,
en quien se miran juntas la fuerza y la bondad,
entre sayones viles camina lentamente
hacia el cadalso, y llega, y dobla allí la frente,
y el hacha vibra...

JET. (A Gonzalo.) ¡Escuchas!...
ALB. ¡Jesús!
GONZ. ¡Por Dios, callad!
CONDE Y aquella sangre honrada salpica nuestro escudo,
cruzando sus cuarteles con barras de carmín.
Aun nuestro hogar se postra ante el dolor sañudo,
y el tiempo, que devora cuanto pasó, ¡no pudo
poner á nuestras penas ni á nuestros odios fin!
¡Que aun tengo ante mis ojos la luz de la mañana
aquella, que no quiso las nubes desgarrar,
y aun oigo el triste y lento tañir de la campana,
y escucho que aun maldice la gente castellana
¡los crímenes que lloran Toledo y Villalar!

Música

ALB. ¡Ah, padre amado!...
GONZ. ¡Calla y no llores!
¡Seca tus lágrimas
y arde en rencores!
¡Juro que al César,
por suerte mía,
el nuevo día
no alumbrará!
JET. Y yo, Gonzalo,
yo voy contigo.
¡Del César véngate,
que yo te sigo!
¡Y sufra ese hombre
sangrienta suerte!...
¡Hoy á la muerte
no escapará!
CONDE ¡Oh! ¿Qué pensásteis?...
ALB. ¡Me dais espanto!
GONZ. ¡Crece mi cólera
con ese llanto!
JET. ¡Lograr es fuerza
lo que pretendo,
lo que pidiendo
mi madre está!
CONDE ¿Qué dices, desgraciado?...
¿Qué sueñas, desdichada?...
Capaz eres tú sóla
de empresa tan menguada.

Infamia tan rastrera (A Gonzalo.)
caber no pudo en tí.
¡El César por sus culpas
merece ser odiado,
mas es un hombre ungido
y debe ser sagrado;
amor no le debemos,
pero respeto, sí!

JET. ¡Preguntas qué he soñado!...
¡Señor, quedar vengada!
¡Vengarte á un tiempo mismo!
La hoguera de Granada
y el hacha de Toledo,
lo están pidiendo así.
El César por sus culpas
no puede ser amado.
La muerte dió á mi madre,
tu hogar ha ensangrentado...
¡Ultrajes no merece,
pero castigo, sí!

GONZ. ¿Qué pienso has preguntado?...
¡Señor, dejar vengada
la muerte de mi padre!
Su sombra ensangrentada
y el hacha de Toledo,
lo están pidiendo así.
El César por sus culpas
no puede ser amado.
¡Quien fué tan inflexible,
quien fué tan despiadado,
ultrajes no merece,
pero castigo, sí!

ALB ¿Qué dices, desgraciado?...
¿Qué sueñas, desdichada?...
Capaz eres tú sóla
de empresa tan menguada.
Infamia tan rastrera
caber no pudo en tí.
¡El César por sus culpas
merece ser odiado;
mas es un hombre ungido,
y debe ser sagrado;
amor no le debemos,
pero respeto, sí!

—

JUAN (Dentro.)
¡Subid el rastrillo!

VOZ (Dentro.)
¿Quién viene?

OTRA (Dentro) ¿Quién va?

ALB. ¿Qué es eso?

GONZ. ¿Qué pasa?

CONDE ¿Quién turba mi paz?

VOZ (Dentro.)
Son gentes de Yuste.

CONDE ¿Aquí?... ¡No! ¡Jamás!

GONZ. ¡Ceded!

ALB ¡Padre mío! (Suplicante.)

JUAN (Dentro.)
¡Gonzalo!

ALB. ¡Al fin! (Aparte.)

GONZ. ¡Juan! (Al verle aparecer)

(Todos avanzan hacia la galería, Albaflor y Gonzalo tratando de dulcificar al Conde que se muestra contrariado. Entra Juan, seguido del Capitán, que será presentado por aquel al Conde, á Albaflor y á Gonzalo. Estos le recibirán con agrado, pero en el Conde ha de verse el esfuerzo que hace para tolerarle. Jetsabel, en el centro de la escena, separada del grupo dirá su frase proféticamente, los demás personajes á la terminación de la suya, vuelven á agruparse dejando á Jetsabel sola en su profética actitud.)

JET. ¡Ay, no creyeron
mis predicciones,
y abren al júbilo
sus corazones!
¡Menguada estrella
luciendo está!
¡Mi augurio lúgubre
se cumplirá!

(El Conde, Albaflor y el Capitán, apercibidos casi al final del augurio de Jetsabel, bajan al proscenio á cantar su frase.)

ALB. ¡Cesen tus necias
supersticiones,
numen diabólico
de predicciones
que errando va!
¡Tu augurio lúgubre
vano será!

CONDE — De la gitana
las predicciones,
son como fúnebres
evocaciones
de algo que al pecho
temores da.
Su acento horrísono,
¿qué anunciará?

GONZ. — De la gitana
las predicciones,
son ecos pérfidos
de las canciones
que al aire da.
¡Su augurio lúgubre,
vano será!

CAP. — (La misma.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Gran patio de armas del castillo. Tras las almenas del fondo divísase el valle y en las últimas lejanías el Monasterio de Yuste. Torreones á los lados. Luz de la tarde.

ESCENA PRIMERA

JUAN, GONZALO y CORO de Monteros y servidores del castillo

Música

CORO

¡Viva Gonzalo!
¡Prémiele Dios
por sus bondades
y su valor!
¡Siempre dió pruebas
de corazón,
pero hoy ha dado
prueba mayor!
Rayaba apenas
la luz del día
cuando empezamos
la montería.
Sin rumbo cierto
y á la ventura
nos dirigimos

á la espesura.
Con nuestros perros
nos internamos
y poco á poco
nos separamos,
buscando á solas
ese placer,
que lo imprevisto
suele ofrecer.
De pronto en las jaras del monte sentí
un ruido confuso, que luego creció
y en rápida huída corriendo hacia mí,
del bosque surgió
feroz jabalí.
Furioso viene,
pues viene herido,
llenando el aire
con su bramido,
y al salpicarlas
de manchas rojas,
su rastro deja
sobre las hojas.
Se advierte entonces
tras del tomillo,
que Juan le espera
con su cuchillo.
Pero al empuje
del animal
cayó rodando
por el jaral!
Y cuando perdido veíale yo,
cuando era ya presa del bruto quizás,
Gonzalo, certero, sobre él disparó;
el bruto echó atrás,
y muerto quedó.
¡Aquí abrazados
se acercan ya!
¡Que vivan siempre
por su amistad!

JUAN — ¡Gracias, muchachos!
GONZ. — ¡Ya basta! Entrad
y ahora á beber
y á descansar.
CORO — ¡Nobles amigos!

¡Vivan los dos,
que ambos son mozos
de corazón!
Pródigamente
prémieles Dios
por sus bondades
y su valor.

(Vanse con grandes muestras de alegres aclamaciones.)

ESCENA II

ALBAFLOR y JETSABEL

Hablado

JET. ¡Ven, mira cómo la gente
aclama á Gonzalo! ¡Ven!
ALB. ¡A Juan aclama también,
que también Juan es valiente!
JET. Pero fué en esta jornada
de tu hermano la victoria.
ALB. Y despierta en la memoria
otra por Juan alcanzada.
JET. ¡Fué el lance conmovedor!
ALB ¡No menos el de aquel día!
JET. ¡Qué arrogante valentía!
ALB. ¡Qué temerario valor!
En arrojo les igualo.
Los dos á un nivel están.
Si hoy Gonzalo salvó á Juan,
ayer Juan salvó á Gonzalo.
¡Así rebosa en mi pecho
dicha que el bien me asegura!...
JET. ¡Cuando es grande la ventura,
el dolor está en acecho!
ALB ¿Y ante la felicidad
hermosa que me rodea,
cómo quieres que yo crea
que aceche la adversidad?...
Aquí, en la solemne calma
de este apacible retiro,
es promesa cuanto miro
de ventura para el alma.

El sol que vierte á raudales
sus rayos sobre mi frente;
la tierra que da al ambiente
perfumes primaverales,
el hogar cuya alegría
endulza penas pasadas,
¡y la luz de las miradas
del que adora el alma mía!

JET. Ni el sol ni la tierra dan
la dicha que ambicionamos,
y, gocemos ó suframos,
siempre impasibles están.
Perdona si te da enojos
mi franqueza, pero creo
que ven por las del deseo
los cristales de tus ojos.
Y porque son halagüeñas
dócilmente te persuades
de que ya son realidades
las esperanzas que sueñas.
Acaso llega el dolor
por donde el contento vá...
¡Témelo todo! ¡Quizá
es imposible tu amor!

ALB. ¡Calla! ¡Sólo el desengaño
tu superstición me ofrece!

JET. Es que veo...

ALB. ¡Es que parece
que mi dicha te hace daño!

JET. ¡Eso no!

ALB. ¿Pues qué pensar?
¿No ves que, por suerte mía,
se acerca más cada día
el convento al Castellar?
Ayer el Emperador
á Juan mandó desde allí.
Hoy el Capitán aquí
viene y entra á su sabor.
Todo aliento y fe me inspira.

JET. ¿Pero qué sabes del hombre
á quien adoras? ¡El nombre!
¡Juan es un misterio! Y mira:
tan bajo pudiera estar
que al amarle indigna fueras:

tan alto, que no pudieras
hasta su altura llegar!
Te lo dice Jetsabel
que no te engaña, Albaflor;
olvida, deja ese amor,
aparta los ojos de él.

ALB. Me trastornas, me envenenas,
vete á la maldita torre,
y déjame que al fin corre
sangre gitana en tus venas.

JET. ¡No me quieres comprender!

ALB. ¡No, tu corazón es malo!...

JET. (Aparte.)
¡Es fuerza! ¡Hablaré á Gonzalo
y él sabrá lo que ha de hacer!

ESCENA III

ALBAFLOR sola

Música

¿Por qué asaltas mi pecho,
duda traidora?
¿Por qué robarme quieres
la dulce calma?
¡Sin la fe en sus amores
no vive el alma
cuando se adora!

—

Santo consuelo
del corazón.
Fe lisonjera
de mi pasión.
¡No me abandones!
¡Vive tú en mí,
que yo no puedo
vivir sin tí!

—

¡Pasad, obscuras sombras
de los recelos!

¡No empañeis el oriente
de mis amores,
que detrás de las dudas
y los temores,
llegan los duelos!

—

¡Ay! ¡Mi esperanza
se aleja ya
y entre las sombras
perdida va!
¡Oye mi llanto,
vuelve hacia mí,
que yo no puedo
vivir sin tí!

ESCENA IV

DICHA y JUAN; después el CAPITÁN

Hablado

JUAN ¡Ah, por fin! Albaflor, dueño querido.
¿Que te aflije, mi bien? ¿Por qué esas lágrimas?
ALB. ¡Cuando el llanto desborda por los ojos
es que su pena el corazón derrama!
JUAN ¡Penas, cuando la vida nos sonríe,
ahora que la ventura nos aguarda!
ALB. La duda en lo más hondo de mi pecho
al fin clavó su traicionera garra.
De Jetsabel, las reticencias, fueron
levantando inquietudes en mi alma.
¡Pienso que nuestro amor es imposible,
que algo ajeno á nosotros nos separa,
que olvidarás mi amor, que acaso pronto
quien puede hará que de mi lado partas!
JUAN ¡Mal haya quien la duda te ha inspirado,
y quien desdichas te auguró, mal haya!
¡Yo te juro!...
ALB. Silencio, alguien se acerca.
JUAN ¡Abre tu corazón á la esperanza!
(Viendo aparecer al Capitán)
¡Oh, mi buen Capitán!

CAP. ¡Que el cielo os guarde
y El quiera sobre el ángel de esta casa
derramar las venturas que merece,
y sobre vos, señor!

JUAN ¡Esa palabra!...

CAP. Hoy no discutiré si os corresponde.
Yo presumo que sí, y eso me basta.

JUAN Pues si eso os basta á vos, no discutamos,
bastante es para mí daros las gracias.

ALB. ¡Yo también os las doy, que la lisonja
aun siendo inmerecida, es estimada!

JUAN ¿Y qué nuevas traeis? ¿Qué dice el César?
¿De Yuste, qué contais? ¿Allí qué pasa?

CAP. Nuevas traigo, ¡pardiez! que han de causaros
admiración profunda. El César habla
siempre de vos y que volvais espera,
y en fin el Monasterio se prepara
á presenciar suceso tan extraño,
acción tan singular, gloria tan alta,
que su recuerdo guardarán las gentes,
irá á la historia y vivirá en la fama!
Ya tapices flamencos y damascos
de atrio y templo los muros engalanan.
¡Fulgen en pabellón las armaduras
de acero milanés, como la plata,
como el cristal las relucientes picas,
como lenguas de lumbre las espadas,
y entre ondulantes plumas de colores,
que en yelmos y cimeras se levantan,
como sujetas al toisón de oro
que á la par aprisionan con sus garras,
símbolo del poder y la realeza,
su indómita cerviz yerguen las águilas!

JUAN ¿Y á qué se debe tan brillante fausto?...
¿Por qué festejo tal? ¿grandeza tanta?...

CAP. Allí ha de ser armado caballero
un galán venturoso, y el Monarca,
ante los monjes y por propia mano,
ha de ceñirle el casco y la coraza,
calzar su pie con la bruñida espuela,
cruzar su pecho con la roja banda,
darle el espaldarazo, y ofrecerle
su victoriosa, infatigable espada,
que hasta en el ancho mar arde la guerra,

y quiere el César que á la guerra parta
con todos los honores y en el puesto
que su linaje y su valor demandan.

JUAN ¿Y quién es el mortal afortunado?...

ALB. (Con ansiedad.)
¿Cuándo á Yuste llegó? ¿Cómo se llama?

CAP. ¡Yo, por orden del rey, vengo á decirle
que vuelva á Yuste, llegará mañana,
y en la fiesta imperial que Carlos Quinto
en su honor ha dispuesto, sabrá España
y vos, el Castellar, y el mundo todo
el apellido que á su nombre falta!

JUAN ¿Qué decís, Capitán? ¿Será posible?...
¿El corazón acaso no me engaña?
¿Yo á la guerra partir, y de tal suerte?
¿Yo con mi brazo defender la patria?
¡Ah, Capitán, al belicoso anuncio
mi ardiente corazón del pecho salta!
¡Ya pienso que á las kábilas moriscas
somete mi valor en la Alpujarra,
que aprisiono galeras á los turcos,
que llego á ser admiración de Italia,
y que en Flandes contiene la heregía
el invicto poder de mis hazañas!

(Albaflor que habrá escuchado con gran ansiedad la última parte del diálogo del Capitán y Juan como si quisiera penetrar las misteriosas palabras de aquel, se mostrará al final hondamente conmovida, casi aterrada dando muestras de haber comprendido el enigma de la vida de Juan, quien, atribuyendo la actitud de Albaflor al olvido en que la puso un momento, ante la idea de partir á la guerra, se aproxima á ella amorosamente cuando lo marca su frase. Albaflor anonadada ante su desgracia, pues ve imposible su amor, le rechaza dulcemente. Juan insiste y entonces ella como justificando su actitud, le muestra al Conde y á Gonzalo que asoman por el foro visiblemente reservados y sin mirar á Juan frente á frente durante las primeras frases del diálogo lírico.)

Música.

ALB ¡Oh, cielos, ya á mis ojos
se reveló el arcano
y ven sangriento abismo
que al alma infunde horror!
¡Haced, Señor, que el llanto
inunde el alma mía,
y estinga así la llama
de mi funesto amor!

—

JUAN ¡Perdona, bien querido,
mi loco aturdimiento!
Que por entero es toda
mi vida de Albaflor.
¡La lumbre de mis ojos
avive tu esperanza,
y calme tus pesares
el fuego de mi amor!

—

CAP. La triste desventura
se muestra en su semblante.
Trocó su gozo en duelo
la mísera Albaflor.
¡Parece que á sus ojos
se reveló el misterio
y á despertar empieza
del sueño de su amor!

ESCENA V

DICHOS: el CONDE y GONZALO

CONDE (Aparte á Gonzalo)
Ya sabes, ni un reproche,
ni una palabra más.
¡Que está como en sagrado
el que en mi casa está!
(A Juan.)
Sabemos que abandonas

mañana el Castellar,
que partes á la guerra,
logrando así tu afán,
que honores te conceden
y aquí llegó quizá
noticia que nosotros
debimos ignorar.

JUAN ¡Señor, partir es fuerza!

CONDE Igual pensando estoy:
forzoso es separarnos.

JUAN (A Gonzalo.)
¿Y tú, qué dices? ..

GONZ. (Encogiéndose de hombros, friamente.)
¡Yo!...

JUAN ¿Pensáis del mismo modo?...
¡Decídmelo, Albaflor!...

ALB. (Con ansiedad.)
Ya que partir es fuerza...
¡Partid, partid, por Dios!

JUAN (Aparte.)
¡Es extraño, por mi vida
que halle el alma dolorida
un desdén que así envenena
más y más la despedida,
y me apena
que sin pena
vean todos mi partida!
¡Nunca hubiese yo creído,
al dejar agradecido
este asilo bienhechor,
que no hubiese merecido
al afecto ni un latido,
ni una lágrima al amor!

ALB. (Aparte.)
¡En su llanto sumergida,
guarda el alma dolorida
un silencio que envenena
más y más la despedida,
y la pena
que me apena
durará lo que mi vida!
¡Nunca hubiese yo creído
que el deber y no el olvido
me causara tal dolor,

y que hallase el pecho herido,
para siempre convertido
en cenizas tanto amor!

CONDE (Aparte.)
Inflexible y afligida,
quiere el alma dolorida
que se aleje el que envenena
los recuerdos de mi vida.
¡Mas la pena
no me apena
al pensar en su partida!
¡Nunca hubiese yo creído
que mi pecho agradecido
palpitase de rencor
ante aquél que ha merecido
cuando obscuro y desvalido
nuestro afecto protector!

GONZ. ¡Codicioso de su vida,
quiere mi alma enardecida
castigar al que envenena
hoy las horas de mi vida,
y á la pena
que me apena
la venganza ruge unida!
¡Vuelve al pecho dolorido
todo el odio que ha sentido,
y palpita de rencor
ante aquél que ha merecido
cuando obscuro y desvalido
mi amistad por su valor!

CAP. ¡Juro al cielo, por mi vida,
que halla el alma sorprendida
un desdén que así envenena
más y más la despedida!
¡Y me apena
que sin pena
vean todos su partida!
¡Nunca hubiese yo creído
que pusiesen en olvido
su amistad y su valor!
¡Por el César advertido,
al regreso, á Yuste ha ido
oportuno y previsor!

Hablado

CAP. ¡Conde, con vuestra venia! (Despidiéndose.)
CONDE ¡El cielo os guarde!
CAP. ¡Con él quedad! (A Juan.) ¡Señor, hasta ma- [ñana!
(Mutis.)

ESCENA VI

JUAN, el CONDE, ALBAFLOR y GONZALO

JUAN ¿En qué os pudo ofender quien os dió siem- [pre
cariño franco y amistad hidalga?...
CONDE ¡Ofensas tuyas, no!
JUAN ¡Pues sepa entonces
que nada cambió aquí!...
ALB. ¡No cambió nada!
JUAN ¡La prueba quiero!...
CONDE ¿Qué?
JUAN ¡La prueba exijo!...
CONDE ¡Tú exigir!
GONZ. ¡Esto más!..
JUAN ¡Ya que mañana
quien puede ha de poner sobre mi pecho
con su mano imperial la roja banda,
Gonzalo venga á Yuste!
GONZ. ¿Qué digiste?...
CONDE ¿El donde el César?... ¡Nunca!
ALB. ¡Virgen santa!
JUAN ¡Sí, ven, que es grande, y poderoso, y bueno,
y grande y noble puede hacerte!
GONZ. (Con gran exaltación.) ¡Basta!
¿Tú sabes lo que dices? ¡Puede el César
ser bueno para tí!... ¡Para mi raza
es un tirano, un déspota, un verdugo,
indigno hasta del odio que me exalta!
JUAN ¿Y lo que dices sabes tú?... ¡Al que insultas
en ese arranque de irascible saña,
le debo cuanto soy, la vida entera,
y en mí, sería vergonzosa infamia

no protestar de tan cobarde insulto,
aunque diciéndolo tú y en esta casa!

CONDE ¡Gonzalo!... (Como reprendiéndole.)

ALB. ¡Juan!. . (Suplicante.)

JUAN ¡Ya nada nos debemos,
y cuenta me has de dar de tus palabras!

GONZ. ¡Pues las sostengo yo!

ALB. (Cayendo desmayada en los brazos del Conde.)
¡Jesús mil veces!

CONDE ¡Hija mía!... (Socorriéndola.)

GONZ. ¡Albaflor!... (Yendo á su lado.)

JUAN (Idem.) ¡Desventurada!

CONDE ¡No te acerques aquí! (Rechazándole.)

JUAN ¡Conde!...

CONDE (Con entereza.) ¡Mi brazo
aun puede sostenerla y ampararla!

JUAN ¡Maldición!

CONDE (A Gonzalo.) ¡Tú, conmigo!

JUAN (Retando á Gonzalo en voz baja.) ¿Y bien?...

GONZ. (Idem á Juan.) ¡Más tarde
hablarán por nosotros las espadas!
¡A las diez y en la Cripta nos veremos!

JUAN ¡En la Cripta á las diez, y Dios nos valga!

(Vanse el Conde y Gonzalo, conduciendo cuidadosamente a Albaflor que sigue desmayada. Gonzalo, con la mirada fija en Juan y sosteniendo iracundo el reto. Juan, altivo, sostiene la mirada de Gonzalo; pero ha de notarse en él algo así como dolor y satisfacción á un tiempo. Confiamos al talento del actor este momento psicológico.)

CUADRO SEGUNDO

Interior de la «Torre Maldita.» A la izquierda la puerta de entrada, á la dereсha ajimez practicable por donde penetra la luz de la luna. En el centro hogar encendido y cerca de él un portillo disimulado en el muro. Procúrese dar á la decoración un tinte verdaremente fantástico.

ESCENA VII

JETSABEL sola

Música

Rasgando las nieblas
la luz de la luna
al chocar con el fuego, presagia
siniestra ventura.
¡Se agranda el silencio,
ni un eco se escucha
y medrosas no dejan su nido
las aves nocturnas!
¡Calma maldita, sordos rumores,
que silenciosos mi angustia véis,
romped en ecos para mi oído
y no insensibles me atormentéis!
¡Llamas siniestras
de perdición,
vuestros fulgores
me dan horror!
¡Rayo de luna,
luz de mi bien,
besa mi frente
é inspírame!

—

¡Avanza la noche,
la luz de la luna
impasible mi pena y mi llanto
parece que alumbra!

¡Rasgóse la sombra
Gonzalo á Juan busca
y en el choque funesto de alguno,
la muerte es segura!
¡Con vuestras vivas lenguas de fuego
rojizas llamas de muerte hablais
y ensagrentando cuanto yo miro
suerte siniestra me presagiais!
Madre bendita
del Redentor,
¿cómo salvarles
pudiera yo?...
¡Fúlgidas llamas,
no os quiero ver!
¡Pálida luna,
inspírame!

ESCENA VIII

DICHA y ALBAFLOR

Hablado

ALB. ¡Jetsabel!
JET. ¡Tú aquí, Albaflor!...
ALB. ¡Y presa de angustia horrible!...
¡Acertaste! ¡Es imposible!
¡Es imposible mi amor!
JET. ¿Sabes ya?...
ALB. Todo lo sé:
que sin razón te ofendí,
que Juan se aleja de aquí,
que ya nunca le veré,
que en el misterio escondía
la grandeza de su nombre,
que lleva sangre del hombre
que hizo derramar la mía,
que debo ahogar mi pasión,
que ya ventura no espero,
y sé también que le quiero
con todo mi corazón!...
JET. ¿Quererte?...
ALB. ¿No se te alcanza?...

¡En quien tanto sabe amar
puede caber el pesar,
pero nunca la venganza!
JET. ¡Y tú dices!..
ALB. Lo que siento.
JET. ¡Eso, Albaflor, es flaqueza!...
ALB. No, Jetsabel; fortaleza
y virtud del sentimiento.
JET. ¿Y ese impulso te ha traído?...
ALB. ¡Llena de ansiedad á verte,
que á las puertas de la muerte
no hay ofensor ni ofendido!
JET. ¡Entonces, Gonzalo y Juan?...
ALB. Si al pronto se dominaron,
sus furores estallaron
y ya cara á cara están.
Y como les escuché
airado reto lanzarse,
por si intentaban buscarse,
les seguí, les aceché...
En el gótico salón,
tras de un tapiz escondida,
supe que en esta partida
se juegan el corazón.
Que no cede su altivez,
que en pie sus iras están,
y en fin; que se encontrarán
en la Cripta y á las diez
JET. ¿A las diez?... ¡Hay que impedirlo!
ALB. A eso vine. Lo que no
he debido decir yo,
tú sí que puedes decirlo.
Del próximo riesgo advierte
al Conde en seguida.
JET. ¡Espera!
¡Encontré ya otra manera
mejor de burlar la suerte!
Venga el Capitán aquí
y llévese á Juan con él
esta noche.
ALB. ¡Ay, Jetsabel,
eso no es posible!
JET. ¡Sí!
De ello mi amor te responde.

ALB. ¡Vé que el tiempo falta!

JET. ¡No!

ALB. ¿Pero quién avisa?

JET. Yo,
que sé cómo y sé por dónde.
Mira: este socavamiento
(Mostrando el portillo.)
va á la Cripta del Castillo;
en la Cripta hay un portillo,
y del portillo al Convento
secreto camino avanza
bien conocido por mí.
¡Tantas veces le seguí
soñando con la venganza!
Por su angostura gané
los claustros del Monasterio,
y amparada en el misterio
al «Solitario» espié,
acechando la ocasión
de castigar por mi mano
al que fué tan inhumano
con mi pobre corazón!

ALB. ¡Pensar tú!...

JET. Fué mi sentir
como el vuestro.

ALB. (Con indignación.) ¡No!

JET. (Aparte con desaliento y pena.)
(¡Es verdad!
¡Ni la misma intensidad
del odio nos pudo unir!)
(Alto.)
Yo en todo seguí á Gonzalo...
Se detuvo y esperé...
Ahora avanza... y ya no sé
si seguirle es bueno ó malo.

ALB. ¿Pero cederá tu encono
y tu vengativo afán
perdonando?...

JET. ¡Por tí, á Juan!
¡Al viejo no le perdono!
Por más ungido que esté
y si allí mismo pudiese
sin que ninguno me viese...
¡yo te juro!...

ALB. ¡Déjame!
Que por tu innoble venganza
y tus malditos rencores,
ni mereces mis favores,
ni me inspiras confianza.
No salgas de tu rincón,
que tengo por más artera
la furia de la pantera
que la garra del león.
JET. ¡Eres injusta conmigo!
ALB. ¡Aun la frase es poco dura!
JET. Mi rencor es amargura,
y mi venganza, castigo.
ALB. Su propio bien ocasiona
el que sus odios mitiga.
JES. Mi madre dijo: «¡Castiga!»
ALB. Y Dios nos dice: «¡Perdona!»
Lloro el mismo desconsuelo
que tú, y otorgo el perdón.
¡La clemencia es oración
que nos asegura el cielo!
JET Eres un ángel. También
quiero tu ejemplo imitar...
¡Es tan noble tu pesar
y te debo tanto bien!...
ALB. Por fin eres generosa.
Así te quería, así.
JET. Ahora, Albaflor, por aquí,
iré á Yuste presurosa.
Tú puedes quedar tranquila
que yo poco he de tardar,
y en tanto, en el Castellar,
espera, escucha, vigila...
ALB. Pues no te detengas... Vé...
Corre .. vuela... En tí confío ..
¡Que llegue á tiempo, Dios mío!
JET. No lo dudes. ¡Llegaré!

(Se besan, y sale Albaflor por puerta de entrada Jetsabel, cogiendo una tea del hogar, se precipita por el portillo.)

CUADRO TERCERO

Claustro en el Monasterio de Yuste. En uno de los extremos la entrada del campanario, á través de la cual se divisa la escalera de caracol y la cuerda de la campana. La luna ilumina la escena

ESCENA IX

FRAY ZENÓN y FRAY NICOMEDES

Música

F. ZEN. ¡Guarde Dios al lego!
F. NIC. ¡De él me guarde Dios!
F. ZEN. ¿Dónde va el hisopo?
F. NIC. ¿Dónde el facistol?
F. ZEN. ¿Vais á prepararos
para la función?
F. NIC. Para ciertas cosas
yo siempre lo estoy.
F. ZEN. ¿Veis cómo ha salido
lo que os dige yo?
F. NIC. ¡Un hijo de *extranjis*
el Emperador!...
F. ZEN. ¡Si estos extranjeros
que tan rectos son!...
F. NIC. Voy al campanario.
F. ZEN. A mi hornillo voy.
F. NIC. ¿Dieron ya las nueve?
F. ZEN. Dieron, sí, señor.
Aunque en el convento
no sabemos hoy
la hora en que vivimos.
¡Hay tanto reloj!
Tiene el «Solitario»
una colección,
desde lo más chico
hasta lo mayor.
Pasa como en nuestra
santa reclusión,

que hay novicios, padres,
legos y prior.
Pues el César quiso
con obstinacion
que sus cien relojes
fuesen un reloj,
y que al dar formasen
una sola voz.
Pero haciendo burla
del Emperador,
éste se adelanta,
éste se atrasó,
fijo está el tercero
siempre como el sol;
nunca van acordes,
nunca dan á un són,
y parecen locos
con su tiquic-toc.

F. NIC. ¡Pues parecen hombres!
En habiendo dos,
si hay uno que afirma
otro dice: «¡no!»
Cuando «tic» yo digo...

F. ZEN. Yo replico: «¡toc!»

LOS DOS ¡Tic toc!
¡Tic toc!
¡Tic toc!
¡Tic toc!

(En este momento se ilumina el interior del campanario.)

F. ZEN. —¡Ay, *Regina Martyrum*!...

F. NIC. ¿Qué os estremeció?...

F. ZEN ¿No veis en la Torre
vivo resplandor,
una sombra negra
hacia el caracol?

F. NIC. ¡Fúgite!...

F. ZEN. ¡No puedo!

F. NIC. ¡Ni tampoco yo!

F. ZEN. ¡A rebato entonces
á tocar los dos!
¡Ya está aquí!... ¡Miradla!

F. NIC. ¡Nos petrificó!

F. ZEN. ¡*Miserere nobis*!

F. NIC. ¡*Christe, exaudinos*!

(Zenón y Nicomedes tocan á rebato, hasta la fantastica aparición de Jetsabel, que trae en la mano la tea que encendió en su guarida. Entonces sueltan la cuerda, formando un grupo cómico, y cómicamente aterrados. Cuando reconocen á Jetsabel, vuelven á su diálogo humorístico, como si no hubiesen sentido miedo alguno.)

ESCENA X

DICHOS, JETSABEL. Después el CAPITAN, el EMPERADOR, FRAY JUAN DE REGLA, DON LUIS QUIJADA y CORO de frailes y novicios

Hablado

JET. ¡Ah!... ¡Vosotros!... ¡Al momento!...
¡Avisad!
F. ZEN. ¡Calle!
F. NIC. ¿Eras tú?
F. ZEN. ¿Y á qué viene Belcebú
á estas horas al convento?
F. JUAN ¿Qué ocurre?
CAP. ¿Quién de ese modo
hizo sonar la campana?
F. NIC. ¡La gitana!
F. ZEN. ¡La gitana
tiene la culpa de todo!
CAP. ¿Tú, Jetsabel? (Reparando en ella.)
JET. ¡Por favor!...
¡Ven, ven conmigo en seguida!
¡Está en peligro la vida
de Juan!
EMP. (Saliendo) ¿Qué dice?
JET. ¡Señor!...
EMP. Pero, ¿cómo?... ¿Dónde?... ¿Cuándo?...
JET. ¡Pudiera la muerte hallar
en la Cripta, y al sonar
las diez!
EMP. ¡Y ya están llegando!...
JET. (Al Capitán.)
¡No vaciles!... ¡Yo prometo
llevarte muy pronto allí!

CAP. Mas, ¿por dónde?

JET. Por aquí (La torre.)
por un camino secreto.

CAP ¡Vamos al punto, pardiez!

F. JUAN ¡Sí, sí!..

LUIS ¡Al instante, al instante!

CAP ¡Voy!

EMP. ¡Esperad!... ¡Yo delante!
¡Seguidme todos!
(Pónense en movimiento, guiados por la gitana, con dirección á la torre, mas al penetrar en ella Jetsabel, suenan las diez en el campanario y, alternativamente, en cuatro ó cinco relojes más. Todos se detienen como consternados. ¡Las diez!

JET. (Desde la entrada de la torre.)
¡Aun queda tiempo quizá!
¡A la torre... y al portillo!...

EMP. (Tomando una enérgica determinación y con voz imperiosa.)
¡A la cripta del castillo!
¡Y Dios nos protegerá!
(Penetran todos en la torre, siguiendo al Emperador y á Jetsabel)

CUADRO CUARTO

Cripta del castillo á todo foro. Sepulcros con estatuas yacentes, formando galerías. Puerta de entrada al foro, y en uno de los pilares, medio oculta por un mausoleo, disimulada salida practicable y espaciosa. Lámparas colgantes alumbran la escena.

ESCENA XI

JUAN, sólo

Música

¡Pasó ya la hora!... ¡Gonzalo no viene!..
¡Si quiero que acuda, por Dios, no lo sé!
¡Aquí donde todo su término tiene,
ya dudo si pienso lo que antes pensé!

¡Entre estos sepulcros de rígida piedra,
ante esas estatuas de pálida faz,
se hiela mi sangre y mi alma se arredra!
¡La paz de las tumbas no engendra la paz!
¡Aquí los odios y los rencores,
los desengaños y los amores,
la esperanzas y la ambición,
cuanto es esencia de nuestra vida,
todo concluye, todo se olvida...
y todo tiene resurrección!
¡Oh, nobles guerreros! ¡Oh, condes! ¡que hicísteis
del nombre de España más alta la prez!
¿qué resta de todo lo mucho que fuísteis?...
¡Cenizas!... ¡Ya nada!... ¡Recuerdos tal vez!...
¡Más no!... ¡Todavía vivis en la sombra,
y el mármol rompiendo, llegáis hasta mí...
y alguno me mira, me llama, me nombra,
con voz inefable diciéndome así:
«¡Gonzalo tiene la sangre mía,
mi ejecutoria de bizarría,
y más que amigo, tu hermano fué!...
¡Con él no cruces aquí tu espada,
ó con mi mano de piedra helada
tu arrojo impío castigaré!»
¿Mas ello qué importa... ¡Si olvido y no mato,
si yo perdonara por vano temor,
el César podría tacharme de ingrato,
Gonzalo pudiera dudar de mi honor!
¡Jamás!... ¡Ni perdono ni olvido un ultraje
que pronto escarmiento reclama de mí,
y más en mis venas enciende el coraje
la negra perfidia que á todos debí!
¡Todos, sí, todos me traicionaron!...
¡Ellos mi afecto menospreciaron
y ella no supo pagar mi amor!...
¡Está ya muerto cuanto he querido!...
¡Más, ay, venciendo muerte y olvido,
sobre las tumbas vive el dolor!

ESCENA XII

JUAN y GONZALO

Hablado

JUAN ¡Ah!... ¡Por fin!...
GONZ. (Queda en la puerta de la Cripta como observando lo que ocurre fuera.)
¡Perdóname!...
Al dirigirme hacia aquí
me llamó el Conde; temí
que sospechara... y tardé.
JUAN ¿Recelas?
GONZ. (Cerrando.) ¡Ya no!... Creía...
¡Solos en la Cripta estamos!...
¡Dios será testigo!
JUAN ¡Vamos!
GONZ. Esta es mi espada. (Desnudándola.)
JUAN (Idem.) La mía.
¡De tu acusación artera
tomar desagravio ansío!
GONZ. ¡Y yo en tí del odio mío!...
¡Conque en guardia!
JUAN ¡En guardia!
(Transición.) ¡Espera!
¡Tú que no puedes dudar
de mi aliento y mi valor;
que no debes á temor
mis palabras achacar;
declara que cuando hablaste
del César y le ofendiste,
digiste cuanto digiste
porque no lo meditaste.
Confiesa que con razón
tus insultos rechacé,
y los brazos te abriré,
como te abrí el corazón.
GONZ. ¡Basta! ¿Para qué argüir?
Sé que no te inspira el miedo,
mas ni desdecirme puedo,
ni te debes desdecir.

JUAN ¡Pues echada está la suerte,
que la fortuna decida,
y que recoja una vida
este regazo de muerte!
(Luchan briosa y denodadamente durante unos momentos. Después, aun oyendo las voces de Albaflor y el Conde, no cesan de acometerse.)

ALB. (Dentro.)
¡Abrid! ¡Abrid por favor!

GONZ. ¡Llegan!

JUAN ¡No importa! ¡Acabemos!
¡Pronto!...

CONDE (Dentro.) ¿No abren? ¡Pues echemos
la puerta abajo!...
(Forcejean los de dentro con la puerta durante un momento, en el que se acometen Gonzalo y Juan con mayor furia; por fin saltan los goznes de la puerta que cae con estrépito y Albaflor precipitadamente se interpone entre ellos.)

JUAN ¡Albaflor! (Bajando la espada.)

ESCENA XV

DICHOS, ALBAFLOR, CONDE y acompañamiento

ALB. ¡Herid! ¡Herid! (Interponiéndose.)

CONDE (A Gonzalo.) ¡Insensato!
¿Así rompió tu coraje
el fuero del hospedaje
y la ley de mi mandato?...

GONZ. ¡Oh!

CONDE ¡De rodillas el pie
de la tumba en que reposa
quien la hazaña vergonzosa
desde su sepulcro ve!

ALB ¡Perdonadle!

CONDE ¡No! ¡Hijo mío!
(A un sepulcro.)
Sombra augusta del pasado
que en nuestro linaje honrado
dejaste eterno vacío,
tú que fuiste guardador
constante de la hidalguía

no sospechabas que un día
tu hijo olvidase su honor.

JUAN — Soy yo quien le provoqué.

CONDE — ¡Silencio! que aun siendo así,
debió respetarte aquí
tal como se lo ordené.
Pudo ocasión esperar
—mirando al propio decoro—
en que no hubiese desdoro
en reñir ni en castigar.

JUAN — ¡Ah, señor! de tal manera
ofendió al que yo bendigo,
que retardar el castigo
más que infamia, crimen era.

GONZ. — Y pensad, debéis, señor,
cuando así me atormentais,
que la sombra que invocais
acusa al Emperador.
No es justo lo que decís,
pues sabéis, como yo sé,
que ese vil austriaco fué
nuestro verdugo.

(En este momento, y como si saliese de una tumba, óyese la voz del Emperador que dice:)

EMP. — ¡Mentís!

ESCENA FINAL

DICHOS, EL EMPERADOR, JETSABEL, EL CAPITÁN y demás acompañamiento

CONDE — ¿Quién?...

(Por la salida ya indicada de uno de los pilares, avanza el Emperador gravemente, seguido de los monjes, abriéndose paso por entre las gentes del castillo que se postran aterradas.)

EMP. — ¡La verdad, guiada por misterioso instinto
donde la muerte vive!

GONZ. — (Aparte.) ¡El César! ¡Maldición!

EMP. — Escucha, Somosierra, la voz de Carlos Quinto,
que aquí, bajo las bóvedas del fúnebre recinto,
va á darle desagravio cumplido á su razón.
¡Jamás hubo otro alguno monarca de la tierra

que como yo cien veces cruzase el ancho mar,
y en Flandes, en Italia, en Francia, en Inglaterra
y en Africa, mantuve cien otras más la guerra,
juntando á mi corona el láuro militar.
Y hundiendo en el Escalda la indómita herejía,
ó en sangre salpicando las márgenes del Rhin,
ó en Tíber, Sena y Támesis ahogando la falsía,
ni espacio halló mi acero, ni tiempo mi energía
para poner de España á las contiendas fin.
Aquellas memorables fatídicas jornadas
de Burgos y Zamora, Ampudia y Peñafiel,
me fueron conocidas después de castigadas,
y sólo hallé en mi pueblo fierezas mal domadas,
¡yo, que busqué su gloria y combatí por él!
¡Oh, escarnios de la vida y burlas de la suerte!...
¡Cuando de Gante pude volver de nuevo aquí,
ya tu hijo reposaba en el sepulcro inerte,
y al par que la noticia infausta de su muerte
tu paternal mensaje de indulto recibí.
¡Saber su muerte, cuando por la piedad movido
á todos concedía magnánimo perdón!
¡Medita, Somosierra, si á tiempo hubiera sido,
con qué profundo gozo lo hubiese concedido
á un noble que ostentaba tu alcurnia y tu blasón!
A un noble descendiente de aquel que allá en Gra-
salvar logró á la Reina Católica Isabel [nada
en tierras de «La Zubia», de pérfida emboscada,
allí dejando escrita la célebre jornada
con sangre sarracena en hojas de un laurel.
¡Ah, Conde, todavía mi corazón doliente,
como si fuera propio, lamenta tu pesar,
y al son de la campana que dobla lentamente,
en su recogimiento el pobre penitente
aun llora lo que lloran Toledo y Villalar!

CONDE ¡Señor, vuestras palabras!..
JUAN (Al Capitán.) ¡Conmueve su amargura!
EMP. ¡Alumbren tu conciencia, que la verdad es luz!
JET. (Aparte)
¡Entonces á mi madre!...
ALB. ¡Bendita su ternura!
EMP. (Adelantándose solemnemente á uno de los sepulcros y estendiendo sobre él las manos en acción de jurar.)
Yo juro que no miento, ante esta sepultura,
por ella y por la santa insignia de la Cruz.

GONZ. ¡Perdón!

CONDE ¡Sí, perdonadnos! ¡Qué mal os comprendimos!

EMP. ¡Que el Cielo nos otorgue á todos su perdón!

GONZ. ¡En mutuo amor se cambie el odio en que vivimos!

EMP. ¡Y pues que por extraños decretos nos unimos
entre grandezas tantas, llegada es la ocasión!
¡Escucha, Juan, y escuche contigo el mundo entero!
¡Mi sangre has heredado, mi ser renace en tí!

JUAN ¡Oh! (Piano en la orquesta.)

EMP. ¡Ven, y en tanto reza el penitente austero,
renueva tú las glorias del Rey Carlos primero,
sé digno de los Austrias y vuelve pronto á mí!

JUAN (A Gonzalo.)
Ya puedes sin desdoro seguir la huella mía.

GONZ. Mañana iré á buscarte.

ALB. (Aparte.) Me falta ya el valor.

JUAN (A Albaflor.)
¡Adiós, y aunque me aleje, en mi pasión confía!

ALB. ¡Partid y sed dichoso! (Con desaliento y respeto.)

JET. (Aparte á Albaflor.) ¡Espera todavía!

ALB. (Aparte.)
¡Mi amor ha sido un sueño!

JET. (Aparte.) ¡Lo mismo que mi amor!

(El Emperador hace al Conde señal de retirarse, lo cual realiza, después de saludar á Albaflor, quien contesta con una reverencia de Corte, llevando á su derecha á Juan y seguido del Conde y Gonzalo, después todo el acompañamiento de Yuste. Las gentes del Castellar les habren paso y Albaflor abatida queda como reclinada en los brazos de Jetsabel.)

TELON LENTO

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.